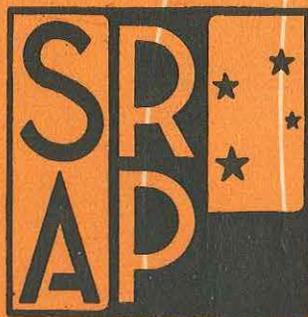


EMILIO FRUGONI

# La Canción Humana

BUENOS AIRES

MONTEVIDEO



EDICIONES DE LA SOCIEDAD  
AMIGOS DEL LIBRO RIOPLATENSE  
MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

PRINTED IN URUGUAY

OBRAS PUBLICADAS  
EN ESTA BIBLIOTECA

SOBRE FEMINISMO

Carlos Vaz Ferreira

CENIZA

Enrique Larreta

LA CRUZ DE LOS CAMINOS

Justino Zavala Muniz

SABATIÓN ARGENTINO

César Tiempo

SOMBRAS SOBRE LA TIERRA

Francisco Espinola (hijo)

EL VIAJERO INMÓVIL

Samuel Eichelbaum

LOS ROMANCES CHÚCAROS

Fernán Silva Valdés

ELICIÓN

Alberto Zum Felde

EL OTRO LADO DE LA ESTRELLA

Raúl González Tuñón

TEORÍA DEL NOUS

Emilio Oribe

EL HOMBRE IMPORTANTE

Alberto Gerchunof

EL PAISANO AGUILAR

Enrique Amorim

DANIEL SAGRERA

PUERTA Nº 1

ESTANTE Nº 2

Nº 114



EDICION DE LA  
SOCIEDAD AMIGOS  
DEL LIBRO RIOPLATENSE

ESTE EJEMPLAR FUE IMPRESO  
EXPRESAMENTE PARA

DANIEL SAGRERA



# SOCIEDAD AMIGOS DEL LIBRO RIOPLATENSE

---

*Directores:* (Uruguay) AGUSTÍN DE OCAMPO  
ALFREDO M. FERREIRO  
(Argentina) CÉSAR TIEMPO  
ALFREDO E. MOEN  
*Asesor Artístico:* ANTONIO PENA

---

Administrador de la Sección  
Argentina:

ALFREDO E. MOEN  
Calle Santa Fé 1983  
U. T. 44 4519  
Buenos Aires

Administrador General para  
el Uruguay y Exterior:

JUAN EDMUNDO MILLER  
Calle Bartolomé Mitre, 1264  
TELÉFONO: U. T. E. 80538  
Montevideo

## COMITÉ CONSULTIVO:

### ARGENTINA

MARIO BRAVO  
ARTURO CAPDEVILA  
SAMUEL EICHELBAUM  
RICARDO ROJAS  
JUAN TORRENDELL

### URUGUAY

EMILIO FRUGONI  
EMILIO ORIBE  
CARLOS SÁBAT ERCASTY  
JUSTINO ZAVALA MUNIZ  
ALBERTO ZUM FELDE

# LA CANCIÓN HUMANA

VOLUMEN XXIII

EDICIONES DE LA  
SOCIEDAD AMIGOS DEL  
LIBRO RIOPLATENSE

OBRAS EN VERSO  
DEL MISMO AUTOR

DE LO MAS HONDO, con PRÓLOGO DE JOSÉ E. RODÓ. -  
Edit. Barreiro y Ramos. - Montevideo.

EL ETERNO CANTAR. — Edit. O. Bertani. - Montevideo.

LOS HIMNOS. — Edit. «Mercurio» de Luis y Manuel Perez. -  
Montevideo.

POEMAS MONTEVIDEANOS. — Edit. Maximino García -  
Montevideo.

BICHITOS DE LUZ. — Edit. «Apolo» - Montevideo.

CANTI DI FEDE. — TRAD. DE FOLCO TESTENA. - PRÓLOGO  
DE FELIPE ZURATI. — Edit. «Atlántida» - Génova.

LA EPOPEYA DE LA CIUDAD. — Edit. Maximino Gar-  
cía. - Montevideo.

LA CANCIÓN HUMANA. — Edit. «Sociedad Amigos del  
Libro Rioplatense».

EN PREPARACIÓN

POEMAS CONTEMPORANEOS



EMILIO FRUGONI

LA CANCIÓN  
H U M A N A

BUENOS AIRES ❁ MONTEVIDEO

ES PROPIEDAD  
Reservados todos los  
derechos de reproduc-  
ción y adaptación.

Copyright by "Sociedad Amigos del Libro Rioplatense"  
MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

## L L A M A M I E N T O

Que vengan todos!...  
Los domadores de máquinas;  
los trogloditas de la mina;  
los violadores de la tierra;  
los saqueadores de los tesoros del mar;  
los progenitores de selvas;  
los sembradores de palabras fecundas.

Venid vosotros, con vuestros puños de hierro.  
Venid vosotros, con vuestras redes desgarradas  
por los dientes de las estrellas.

Venid, timoneles de arados,  
conductores de las quillas de acero  
que cortan el duro oleaje de los campos.

Venid con la luna de vuestras hoces  
brillando en vuestras manos ennegrecidas  
por la oscura sangre de los surcos.

Venid, oh tripulantes de los navíos  
que pasan por los puertos derramando riquezas  
o arrebatando mercancías  
con la garra de hierro  
de sus guinches rapaces.

Venid con vuestros cantos marineros  
que riman con las alas de las gaviotas  
y salpican el corazón con el agua  
salada de las olas.

Que vengan los reseros de la pampa  
con sus lazos arrojadizos  
que detienen galopes y vuelcan reses  
como el viento alcanza un bajel  
para tumbarlo.

Que vengan con la guitarra de los "tristes"  
y de los estilos, si todavía el gaucho  
sabe hacerla cantar.

Que vengan los gringos de las chacras  
con sus acordeones melancólicos  
que vierten sobre nuestros campos  
ritmos forasteros.

Que vengan los calmosos carreros

con sus largas picanas  
que son las abatidas  
tacuaras de la paz y del trabajo  
en los caminos del terruño.

Que vengan con sus altas carretas  
quejumbrosas y tambaleantes.

Que vengan todos los oscuros héroes,  
los soldados desconocidos de esta guerra  
banal y cotidiana que es la vida.

Que hagan un gran círculo en torno  
de mi pequeña llama.  
Que lleguen hasta mí sus voces.  
Para cantarlos ha de bastarme oírlos.

Si en mi voz circulase el latido  
de sus vidas abnegadas y humildes,  
¿qué canto podría cantarlos mejor?

## EL CANTO HEROICO

Albañil que sobre el muro  
de la torre que levantas  
te estás jugando la vida  
contra la miseria, ¡y cantas!

Labrador que entre penurias  
el oro del trigo plantas  
para que en sus arcas otros  
al fin lo guarden, ¡y cantas!

Resero que entre bravías  
reses audaz te adelantas  
espoleando tu caballo  
hacia vivo riesgo, ¡y cantas!

Mínero que en lo profundo  
de la mina no te espantas  
ante el insomne peligro  
que te está acechando, ¡y cantas!

Marino que a todas horas  
oyes rugir a tus plantas  
la muerte que te persigue  
a través del mar, ¡y cantas!

Soldado que de la guerra  
el inmenso horror aguantas  
por razones que no entiendes  
o que abominas, ¡y cantas!

Corazón que en el camino  
tropiezas, caes, te levantas  
abrumado de amargura  
desalentadora, ¡y cantas!

Sabes que el magno heroísmo  
de las horas sacrosantas  
está en el canto del hombre,  
aun del más oscuro, y cantas.

## ESQUELETOS DE RASCACIELOS

Jaulas para encerrar el bosque,  
 por entre cuyos hierros  
 se ve el sol como un pájaro  
 de oro y de fuego.  
 Inmóviles campanas  
 cuyo badajo es un obrero  
 que esgrime su martillo  
 golpeándolas.  
 Y a cada golpe envían, a lo lejos,  
 su dura voz de plata  
 que pone en el ambiente una sonora  
 palpitación de fragua.  
 Geometría vibrante  
 de las vigas de acero  
 que se cruzan delante de los astros  
 y meten entre rejas el cielo.  
 Pararrayos del sol, por donde bajan  
 sus fulgores en un deslizamiento  
 acrobático. Arboladura rígida

que se hinca en el subsuelo  
 y clava en el espacio sus saetas  
 estáticas de hierro.  
 Y desgarras las nubes  
 que va empujando el viento.  
 Hermanos sois del monstruo que dispara  
 sobre vías de hierro  
 y de los transatlánticos audaces  
 y los acorazados estupendos,  
 ciudades que caminan en la tierra  
 o en el mar. Pero vuestro  
 destino es el del árbol,  
 no el del ave. Os veo  
 marcar el rumbo de las avenidas  
 en el cielo sin sendas.  
 Colosales telas de araña  
 en que se quedarán aprisionados  
 el hombre y sus esfuerzos.  
 El hombre  
 es araña monstruosa  
 que teje redes para  
 apresarse a sí mismo.  
 Agitarse lo veo  
 entre tus hilos metálicos,  
 diminuto y tremendo.  
 Terrible y lamentable,  
 os tiende

ante el pasaje de la vida humana  
y triunfa en vosotros, que brotáis de su aliento.  
Pero sois garras formidables  
que lo tienen cogido por el cuello.

## LOS SEIS LEÑADORES

Los árboles se alzaban con ansiedad de cielo.  
Sus ramas sostenidas por troncos colosales  
tendían una alfombra de sombra por el suelo,  
mientras el sol doraba los líquidos trigales.

Con hachas que en sus hombros al sol resplandecían,  
cruzaban los rastrojos seis recios leñadores  
que hacia los gigantescos árboles dirigían  
sus pasos, con un aire como de vencedores.

Al arribar, las hachas tranquilos depusieron,  
midiendo con la vista los inermes gigantes.  
De pronto seis relámpagos en seis troncos mordieron  
y seis golpes sonaron como tiros distantes.

Todo el día se oyeron en dilatado espacio  
los golpes de las hachas en los tenaces troncos.  
Ya el cielo había perdido su fúlgido topacio,  
y aun resonaban lúgubres y extrañamente broncos.

Cayó sobre los campos un silencio de asombro.  
Y luego del crepúsculo a los vagos fulgores  
tornar vieron los campos con sus hachas al hombro,  
uno tras otro, cinco de los seis leñadores.

En la aurora del día siguiente retornaban  
los cinco leñadores a librar su contienda.  
Uno tras otro, impávidos y en silencio marchaban  
con sus hachas al hombro por la ondulante senda.

Todo el día estuvieron en el anfiteatro  
del bosque, fulminando los colosos mayores.  
Al fin de la jornada tornaron, y eran cuatro,  
uno tras otro, siempre mudos, los leñadores.

Cuatro fueron de nuevo a librar su combate  
con la selva, que iba quedándose en escombros.  
En procura marchaban del penoso rescate  
sin hablar, en hilera, las hachas en los hombros.

Volvieron tres, y al otro día cuando tornaron  
eran dos solamente, y sin decirse nada  
uno detrás del otro por la senda marcharon  
con una indiferencia de muerte en la mirada.

Después fué uno tan sólo, que tornó a la tarea  
de mañana temprano, con adusta porfía.

Fué más feroz y larga que nunca la pelea,  
pero no volvió nadie de la selva ese día.

Y al clarear del siguiente día los labradores  
que trabajan los campos por allí, sin asombro  
vieron pasar tranquilos otros seis leñadores  
uno tras otro, mudos, con sus hachas al hombro.

## HÉRCULES CANTA

Suya es la voz del mundo.

Es Hércules quien canta  
en las músicas todas que el hombre al aire esparce  
como siembra de espíritu en el éter.  
Porque fueron sus manos las que hicieron la selva  
de instrumentos, en donde  
el viento se transforma en son y melodía.

Canta con el martillo y con el yunque;  
con la sierra y el hacha y la garlopa  
en la cuerda del leño;  
con el pico y la azada;  
con la hoz, que entre los pastos  
hace rodar el filo de una luna menguante  
segadora de estrellas.

Con el quejido terco de los carros  
y con el plañidero temblor de las esquilas.  
Pero su canto es épico en las locomotoras

y en el vuelo pesado de azul de las campanas.  
En los rieles de acero infinitos que tienden  
para notas de hierro y humo su pentagrama.  
De los puentes colgantes en las eólicas arpas,  
y en la boca de piedra de los túneles.  
Y de los alambrados del campo en la guitarra  
elemental que el viento bordonea.  
Y en el trepidante pulso de las máquinas.  
Y en el zumbido de los aeroplanos.  
Y en la sirena lúgubre de las naves sonámbulas.  
Y también en el recio crujir de los velámenes  
que el torpe Eolo embiste con su frente de viento.

En el fuego que llena las bocas de los hornos  
de vibrátiles lenguas ferozmente locuaces;  
y en el rugido férvido de todas las calderas  
cuyo clamor despierta la cósmica energía  
en el hierro, en la piedra y en el aire...  
Vibra su milagroso acento en los dinamos  
que derraman el día en manos de la noche  
a cien leguas; y mueven  
las titánicas grúas de los puertos  
que arrojan la riqueza del mundo a las sentinas  
y a los hangares.  
Canta en los motores  
que laten en el pecho de las fábricas  
o en la extensión solemne de los campos

o en las ruidosas calles de la urbe  
o en la inquieta llanura de las aguas  
o en la infinita expectación del cielo.  
Todo lo que pone las fuerzas de la vida  
en los puños del hombre, para hacerlo  
triunfador de la muerte y del destino  
forma la lira universal de Hércules,  
que entona su canción desenfundada  
como un mar sin confines, por encima  
del tiempo y del espacio.

Él canta con la voz del taller y la usina,  
y de las multitudes que elevan las ciudades,  
y de las muchedumbres que fatigan los campos.  
Canta con el trabajo del que, mudo, trabaja  
y en el canto del hombre que trabajando canta.  
Y también con las voces de los que se levantan  
esgrimiendo herramientas a reclamar justicia.  
Hay dolor y alegría; vida y muerte en su canto.  
Él suspira y su pecho llena el mundo de ritmos.  
Cuando enmudezca, el mundo se apagará de pronto.  
Y entonces el Olimpo, donde hasta Zeus ha muerto,  
se hundirá para siempre en la noche y el mar.

## L O S T R O P E R O S

Hopa! Hopa!

Los troperos  
arreando una novillada,  
entre el polvo del camino  
y el humo blanco del alba,  
empujan con los encuentros  
de sus caballos las tardas  
reses, que garabatean  
en el aire con sus guampas  
como queriendo enredarse  
en los cuernos la mañana.

La tropa vista de frente  
es una selva que anda.

Los troperos apresuran  
sus caballos cuando atajan  
alguna res que se corta  
hacia el campo y se dispara,

o cuando la echan delante  
si se queda rezagada.

Hopa! Hopa!

Los troperos  
tiran el lazo y atrapan  
en plena fuga al novillo  
arisco que se desmanda,  
y de un tirón imperioso  
al fin en seco lo paran,  
enlazado de los cuernos  
que agita el bruto con rabia.

Un tizón brota en el cielo,  
de las cenizas grisáceas  
que esparce con mano trémula  
y húmeda la madrugada.  
Y a poco andar el sol arde  
y castiga con sus lanzas  
de luz desde las alturas  
por su esplendor inundadas,  
el lomo de los novillos,  
de los troperos la espalda.

Los troperos y su tropa  
se baten con la distancia  
en monótona contienda.

Y el humo de esa batalla,  
es el polvo del camino  
que a su paso se levanta.

Van cruzando la dormida  
extensión con lenta marcha.  
En los sitios pedregosos  
truenan el suelo cuando pasa  
al trotecito la hacienda  
por los gritos hostigada  
de ¡hopa!, ¡hopa!

En el arroyo  
se hunden con fruición las patas  
y los animalees beben  
casi más cieno que agua.  
Luego trasponen la loma  
de una cuchilla y la bajan  
por el flanco opuesto, y siguen  
su interminable jornada.  
Los troperos van silbando  
melancólicas tonadas  
que en el caer de la tarde  
se impregnan de lontananzas...

Y en el nocturno silencio  
que de las estrellas baja  
los gritos de los troperos

arreando la novillada  
—¡hopa!, ¡hopa! —se dirían  
voces de auxilio arrojadas  
a los vientos de la noche  
por una angustia sonámbula.

## MANGA DE LANGOSTA

Una nube avanza  
sobre los plantíos, color de esperanza.  
Surge vomitada por el horizonte,  
por encima del llano y del monte.  
Es una implacable maldición del cielo.  
Cae, y la alegría se transforma en duelo.  
Bíblico castigo de las sementeras.  
Diluvio que inunda de hambre las praderas.  
Un hambre con alas, que amustia y devora,  
y al emprender viaje se traga la aurora.  
Cubre el sol la nube siniestra que avanza  
desde el horizonte desatada en guerra  
contra los plantíos que son la esperanza  
del hombre del surco, lombriz de la tierra.  
Contra el campo verde, que alisa y despoja;  
contra los ganados que al hambre condena;  
contra el fruto, el brote, la flor y la hoja;  
contra los arroyos, cuya agua envenena.  
Es una guadaña que vibra en la altura.

Cuando cae al campo, de un golpe lo arrasa.  
Su sombra maldita grita desventura  
mientras va pasando. ¡Menos mal si pasa!  
Desde los esteros vírgenes de América  
se alzó esa terrible nube climatérica.  
Ejército aéreo que cuando se posa,  
como una marea cubre toda cosa.  
Cuando emprende el vuelo  
es como una torva máscara del cielo.  
Y nadie a aventarlo de la altura alcanza.  
Nada lo detiene.  
Tremendo mensaje de un dios de venganza,  
hacia los plantíos, labor y esperanza,  
viene!

## L O S C A M I N O S

Los caminos de mi patria los hicieron las carretas.  
En las altas ruedas iban enredados los caminos,  
y tras ellas se quedaban estirados entre el pasto  
como cicatrices grises, por los años y los siglos.

De los ejes descendían a posarse sobre el suelo  
con monótono quejido  
que era la voz lastimera de la distancia y del viaje  
lanzada a los cuatro vientos, sin destino...

Por sobre ellos fué pasando la historia de todo un  
[pueblo.

Unieron los horizontes como puentes infinitos.  
El presente encima de ellos es hoy, ayer y mañana  
porque deja atrás un cielo y va hacia un cielo distinto.

Los caminos de mi patria!... El sol los cubre de  
blanco y fino [polvo

y a sus rayos resplandecen como cintas ondulantes de lino.

Y el viento los solivianta en grandes nubes viajeras que envuelven al caminante y se lo llevan consigo por colinas y hondonadas, pues al fin son el camino que vuela...

Los condecora con medallones de plata la lluvia, que con sus hilos los ata y los clavetea sobre el suelo, los ennegrece de lodo o los transforma en un río inmóvil, de barro, en donde el viaje se queda rígido, paralizado en las ruedas que el lodo carga de grillos.

Los caminos de mi patria!...  
Los recorrí cuando niño  
viendo en ellos lazos blancos  
que me ataban a un destino  
siempre mejor porque era  
la aventura y lo desconocido.

Los ví vadear los arroyos entre los sauces llorones,  
los talas, los espinillos,

cortándolos con un tajo húmedo de arena rubia,  
blanda como un cojinillo.

Los ví cruzar el espacio  
entre una ciudad y un río,  
entre villorrios y pueblos,  
entre los bosques sombríos,  
entre las aguas risueñas  
y los solitarios campos infinitos  
de las estancias, bordeadas  
por los alambres tendidos  
tras los cuales nos contemplan  
con estupor los novillos,  
y en que se posan los pájaros.  
Los caminos! Los caminos!  
volví a recorrerlos todos.  
Mi cabello ha emblanquecido  
con el polvo que levantan  
los vientos en los caminos.  
Por unos fuí a la ventura,  
por otros fuí a mi albedrío,  
pero son más los que tuve  
que seguir a pesar mío.  
Todos me llevaron lejos  
de lo que busqué al seguirlos...

Los caminos de mi patria son los caminos del mundo.

Vienen del campo, penetran en la ciudad indecisos,  
y en la ciudad se transforman  
en calles llenas de ruido.

La magnífica avenida que se abre paso orgullosa  
entre dos largas hileras de edificios,  
es el último avatar  
del polvoriento camino.

También a ella la trajeron las carreteras  
con su bamboleante paso de navíos  
y la arrojaron al suelo, como una carga, en la plaza  
donde se quedaban quietas con los bueyes destim-  
mientras la avenida echaba [cidos,  
a andar entre el caserío  
con los vacilantes pasos  
de los carros primitivos.

Los caminos de mi patria!  
Por ellos vagué sin tino.  
En ellos me fuí cruzando con la vida quieta o nó-  
[made,  
con el villorrio que mira sin moverse de su sitio  
y con el viajero anónimo,  
que es siempre un misterio andante hacia lo desco-  
[nocido.

Me crucé con los carreros que arrojan ante su paso

el maneador de un silbido  
para que desde los aires  
ponga cuarta a su fastidio.  
La picana atravesada sobre el cabezal del basto,  
los bueyes lentos, cansinos,  
y la carreta quejándose por todo su maderámen  
como si el andar le fuese un doloroso castigo.

Pasó por mi lado el sulky o el Ford, donde va la cha-  
rodando por los caminos. [cra  
Pasó también el "lingera"  
a pie como un perseguido  
en dirección a las trillas  
que ponen bajo el esquivo  
azul de los horizontes  
un subrayado amarillo.  
Y el camión con sus montañas  
de lana o de trigo  
resoplando como un monstruo  
que devorase el camino.

Pasó por mi lado el gaucho.  
No llevaba su leyenda en ancas del doradillo  
como se lleva la china cuando la roba del rancho  
el amor audaz y tímido.  
Ni payador, ni romántico

bandolero, ni caudillo...  
Pobre gaucho sin rodajas, ni melena, ni coscojas,  
ni "chapeao" en el cinto!  
En sus ojos resignada pesadumbre.  
Su aire, como de vencido.

Es que también caminaron,  
caminaron los caminos...

## C A M P A Ñ A D O R M I D A

La tierra solitaria duerme bajo los cielos.  
En su entraña la vida yace inútil e inerte.  
Se extiende silenciosa hacia los horizontes:  
Una ancha mano abierta bajo el pie de las horas.  
Deja pasar sobre ella el tiempo, sin cerrarse  
para exprimir la suerte y empuñar el destino.

Es un inmóvil mar de posibilidades  
sumidas en un ciego letargo sin mañana.  
De su bostezo enorme se llena el continente.  
Su vaho es el incienso que amodorra la vida  
de estos países jóvenes, torpemente sensuales.  
Divorciada del hombre queda estéril y sola.  
Y el hombre, que es el macho de la naturaleza,  
la contempla alejada de su potente abrazo  
cuando por ella clama con el grito del hambre.

Los ganados dispersos vagan en la infinita  
llanura que recorre como un bagual el viento,

y se acercan al borde mismo de las ciudades  
por cuyas calles vagan los hombres sin trabajo.  
Uno de estos entróse a pie por un camino  
al campo que estaqueaban los postes de urunday  
y los alambres como para que no se fuese.  
Múltiples paralelas le flanqueaban el paso  
al caminante, dándole la sensación de hallarse  
preso entre los alambres hostiles que le ponen  
rejas al campo y trazan en el abierto espacio  
la expresión del dominio, con sus bridas de acero.

Fatigado de tanto caminar se detuvo  
en lo alto de una loma. Apenas si veía  
algún rancho perdido en los vastos potreros  
y alguno que otro árbol aislado de los montes  
que en los bajos volcaban su sombra en los arroyos.  
Entrecerró los ojos y soñó que brotaban  
ante él bosque y casas y huertas y ciudades  
como si de repente la soledad inmensa  
hubiese sacudido su enorme lomo verde  
bajo el acicateo de millones de brazos  
y se pusiese en marcha hacia lo porvenir.  
Salía de los techos rojizos de las granjas  
un humo blanquecino que rubricaba el cielo.  
De los monteas frutales llegaba el fuerte aroma.  
Bandadas de chicuelos poblaban el camino  
de vuelta de la escuela entre gritos de gozo.

Venían grandes carros del fondo de las huertas  
y se alejaban, rumbo de la ciudad cercana,  
cuyas torres surgían en el confín brillando  
al sol como un ejército de gigantes inmóviles...

Despertó al fin.  
La soledad inmensa  
volvió a sumirse en su quietud callada.

EL NUEVO FIAT-LUX

Un grito.

Un grito que surja cortando el silencio  
con un hondo tajo de acero.

Un grito que sea columna de fuego  
brotada de pronto del fondo del tiempo.

Un grito afilado en la piedra del odio,  
forjado en la fragua de un dios rudo y ciego,  
templado en el río del dolor humano  
y al fin empuñado por mil corazones,  
mil puños sangrientos.

Relámpago de voz en la noche,  
lanzado al espacio para hendir el cielo  
y alcanzar tras las sombras eternas  
a los rígidos dioses soberbios.

Lazo que se tiende a apresar las estrellas  
y en el infinito corre tras el eco.

Flecha que se clava en la frente del día  
o quiebra en los astros su punta de hierro.

Un grito que prenda sobre las montañas  
las hogueras rojas del último incendio.  
Un grito que suba a las más altas cumbres  
de los Andes, y con un salto inmenso  
trasponga las selvas, el mar, el desierto.  
Que levante a su paso las olas  
de los océanos  
y arrastre en las urbes y campos las almas  
con la fuerza cósmica del viento.

Un grito que eleve del fondo sombrío  
de la vida, sobre el universo,  
la angustia del dios encelado  
que hincó en el planeta sus garras de hierro,  
escupe su rabia desde los volcanes,  
agita los mares y desata el trueno.

Un grito que raje la noche  
y ponga de pié el alma humana  
en el alma del indio, del gaucho, del siervo.  
Un grito que salte desde los abismos  
por sobre la muerte, la sombra, el silencio,  
y abra de un golpe las puertas del día  
con su puño de cólera y fuego.

## EL MONÓLOGO DE UNA VIRGEN

Estoy ante el espejo. Miro mi frente pálida.  
Es como una hoja blanca donde su rasgo escribe  
la reflexión, la vida... Es un mármol que vive  
soñando con la estrella de un beso, dulce y cálida.

Miro mis cejas curvas como arcadas de puente,  
como alas extendidas y negras de paloma.  
Llevan sobre su dorso el peso de la frente  
y por debajo de ellas el sol del alma asoma.

Miro mis ojos húmedos, de un agua oscura y viva  
de donde emana un suave resplandor de ternura.  
¿Cuál ha de ser el alma que amorosa reciba  
el tímido mensaje de esta mirada oscura?

Miro mi boca joven como una fruta abierta  
que exhibe blancos grumos en su pulpa rosada.  
Entre coral y perlas la sonrisa despierta  
como ninfa de un bello cuento de Scherezada.

Miro mi grácil cuello, de mármol opalino.  
La luz lenta resbala en su dulce contorno.  
No reclama collares, sólo reclama el fino  
contacto de unos labios como supremo adorno.

Miro mis hombros, libres de toda inútil gala,  
surgiendo, como islotes de jaspe, del abrigo.  
Tienen palpitación y redondez de ala  
y son morenos como buenos panes de trigo.

Miro mis brazos tersos con su color de luna  
que caen inútilmente como rama vencida.  
¿Cuándo podrán curvarse para servir de cuna  
a un capullo de carne que prolongue mi vida?

Miro mis manos leves con sus uñas de rosa,  
mis manos que aletean en afanoso vuelo.  
¿Cuándo podrán posarse como una mariposa  
sobre dos manos fuertes que se hundan en mi pelo?

Miro mis senos llenos de una ansiedad extraña.  
Han brotado en su cumbre dos ardientes botones.  
Cabén en una copa de vino de Champaña,  
y en mis manos descansan tibios, como pichones.

Tienden los picos ávidos a la dorada espiga  
de un rayito de sol que el ambiente atraviesa

Y se estremecen todos en la penumbra amiga  
que como una gran boca perfumada los besa.

¿Cuándo serán la fruta que su alimento brinda?  
¿Cuándo en el pico rosa brotará pura y blanca  
la perla de la leche, nieve sobre una guinda,  
que los labios del hijo glotonamente arranca?

¿Cuándo el caliente hueco de masculina mano  
llenarán, entregados como carnal tesoro,  
como frutas cogidas por un sabio hortelano,  
que obtuvo igual que Hércules sus manzanas de oro?

Después el vientre, firme, liso como de cera.  
Lo descubro temblando, con mano estremecida.  
Agro fecundo y virgen que una simiente espera  
para dar desgarrándose su tributo a la vida.

Cierro los ojos. Todo mi cuerpo se estremece  
mientras se hunde mi espíritu en azules arcanos.  
Me cubro con las alas cóncavas de mis manos  
y sueño que debajo de ellas un ser florece.

Oh delicioso sueño que me envuelve y transporta...  
¡Señor, que no me sea negado el don de darme  
en un éxtasis puro de toda mi alma absorta  
al dolor y a la gloria santa de perpetuarme!

H I M N O

Si un clarín encendiese en la noche  
su grito de oro!  
Si las campanas echadas a vuelo  
soltasen en lo alto su riego sonoro!

De este letargo que aplasta las almas  
en la oscuridad  
brotaría un fragor jubiloso:  
¡Libertad! ¡Libertad!

Se derrumbarían los muros de piedra  
del fuerte sombrío  
y arrollando los diques saldría  
de su cauce tiránico el río.

Voluntad! Voluntad de ser libres  
en los pechos es sangre de acción.  
No es esclavo quien muerde su yugo  
con los dientes de su corazón.

EMILIO FRUGONI

---

Si un clarín encendiese en la noche  
su grito de oro!  
Si las campanas echadaş a vuelo  
soltasen en lo alto su riego sonoro!

E L E G Í A S

## E L E G Í A F I L I A L

Padre:

Por encima del tiempo y de la vida,  
beso tus manos fértiles  
que levantaron nuestra casa  
y encendieron en ella  
sobre la mesa convivial—  
eje de la familia—  
la lámpara de los recogimientos.  
Beso tu frente devastada  
que se cubrió de surcos  
de tanto pensar en nosotros  
y por nosotros.  
Déjame reclinar en tu pecho  
la cabeza afiebrada  
y pedirte perdón.  
Perdón mil veces  
en silencio,  
en muda congoja,  
que tú sin duda oyes

desde la eternidad.  
 Porque los muertos oyen  
 las palabras que no decimos  
 y las voces que parten de nuestro corazón  
 sin llegar hasta la garganta.  
 Déjame pedirte perdón  
 por todo el mal  
 que sólo supe darte  
 en cambio de tanto bien.

La vida te había tallado  
 a golpes de adversidad.  
 Joven saliste por los caminos del mundo,  
 a luchar con el dragón de la suerte  
 y a desafiar al genio del Monte Encantado.  
 A tu espalda quedaron, más allá de los mares  
 dos brazos de madre tendidos hacia tí.  
 Tu corazón se trajo para todo  
 el resto de tu vida la tristeza  
 de aquella despedida.  
 Tuviste tu heroísmo  
 callado y sin alardes.  
 Hoy que los años me doblegan  
 sobre el misterio de la vida,  
 te comprendo y te amo  
 como nunca te amé...  
 Y me quemo hasta consumirme

en el remordimiento  
 de no haber sido una alegría  
 ni un consuelo para tí,  
 como lo fué mi madre  
 y lo fueron tus hijos, menos yo.  
 No está lejano el día  
 en que yo me tienda  
 para siempre a tu lado.  
 Y yo sé que ese día  
 tus brazos se abrirán para acogerme  
 sobre tu pecho.  
 Y yo te diré:

—Aquí estoy,  
 castígame!  
 Pero tú me estrecharás  
 dulcemente contra tu corazón  
 y me dirás:

—Descansa!

L A D E S P E D I D A

*A la muerte de José Enrique Rodó.*

Suave y dulce maestro, todo luz y armonía,  
que cerraste los ojos para siempre en Italia  
entre los esplendores del azul Mediodía,  
tu verbo era serena vena de una Castalia  
que en suelo americano hizo brotar un día  
sobre un tronco de Hesperia una rosa de Galia.

Descendía esa fuente de las marmóreas cumbres  
donde Renán la llama de su oración prendiera;  
reflejaba en sus ondas las inmortales lumbres  
—la imagen de la Acrópolis con su gracia severa—  
y limpió de nocivas y tenaces herrumbres  
el metal castellano que Cervantes batiera.

El acero del habla fué en tus manos, maestro,  
ágil, flexible, dúctil, levemente sonoro,  
y en él grabó sus cifras imborrables un estro  
al cual fué siempre aliado el insigne decoro

del arte de un artífice, como ninguno diestro,  
que aciñó con su efigie sus medallas de oro.

Platicaste con Sócrates, larga y serenamente,  
y con Platón un mudo diálogo mantuviste,  
y de esas hondas pláticas conservaste en la mente  
un fulgor de idealismo, que en tus obras pusiste,  
y un sabor de almas grandes, hondamente presente,  
que en tus bellas palabras y en tu vida persiste.

De los mirtos de Grecia a la sombra propicia  
tu espíritu fué helénico y tu numen pagano,  
y ante las formidables murallas de Fenicia  
al ideal cantaste, divinamente humano...  
Y la palabra indócil se ofreció a la caricia  
—como a Orfeo las fieras— de tu mágica mano.

Próspero, Ariel y Gorgias contuvieron tu esencia,  
volaron con tus alas, o las tuyas prendieron  
en tus hombros. Tuviste su bondad y su ciencia,  
y el milagroso impulso con el cual ascendieron,  
y su filosofía o su don de videncia:  
trinidad de ti mismo, en ti se confundieron.

Bondadoso maestro que ya a reunirse has ido  
con las sombras amigas de Emerson y Renán,  
mírame aquí en la playa, por la angustia transido,

agitando un pañuelo con el terco ademán  
de quien ahuyenta un pájaro invisible —el Olvido—  
en tanto que unas blancas velas vienen y van.

Montevideo, 1917.

## AL VIAJERO QUE SE VA

*En la muerte de Amado Nervo.*

Llegó en una mañana de sol y de alegría.  
De pié sobre su barca de oro y marfil venía.  
Como Wilde en la mano un gran lirio traía...

De sus labios volaba la paloma del verso  
con un ritmo armonioso, con gracia y sin esfuerzo.  
qué era como un latido de amor del universo.

Con palmas jubilosas saludamos su arribo;  
y él cantaba. Su canto era un encanto vivo,  
y era como paloma con un gajo de olivo.

Salieron a su encuentro ondulantes doncellas  
con labios como brasas, con ojos como estrellas,  
y él floreció de versos divinos para ellas.

Su voz entraba al alma como un rayo de luna;  
tenía un suave acento confidencial y una  
franqueza cariñosa de huésped oportuna.

Así se abrió camino entre los corazones.  
Así llegó a nosotros, preocupados varones,  
y nos meció en la límpida onda de sus canciones.

La paloma del verso que de su alma partiera  
nos traía la paz, como una mensajera  
del arca insumergible y azul de su quimera.

Con rítmico aleteo llegaba a nuestra mano;  
en ella palpitaba lo mismo que un humano  
corazón, y cantaba muy quedamente: "hermano"...

La barca de marfil y oro del poeta  
aguardándole estaba, a la orilla sujeta,  
como un cisne dormido sobre la mar inquieta.

Y ahora lo llevamos silenciosos al puerto.  
Con un manto de flores innúmeras cubierto,  
va sobre nuestros hombros estremecidos, muerto!

Y en la barca de oro y marfil lo dejamos.  
Lo dejamos tendido en eterna quietud...

Se oye una voz que dice, como un sollozo. "Vamos"..  
Parte la barca... Todos con dolor la miramos,  
y al alejarse vemos su forma de ataúd...

Sigue, sigue tu viaje, divino Musageta.  
Esta mar que ahora cruzas eternamente quieta  
es la Inmortalidad, la Eternidad, poeta!

Adiós, adiós, hermano!  
Tú callas, pero sigue vibrando tu canción;  
y en nuestro corazón  
anidan las palomas que soltaba tu mano.

## EL CABALLERO DE LA RISA

*A la muerte del escritor "Luis García".*

Luis Pardo, caballero de la airosa figura,  
de los largos mostachos y el ademán amigo,  
de los ojos brillantes bajo la frente pura,  
de la abierta sonrisa, ¡la paz sea contigo!

En tu esbeltez había algo de Don Quijote  
y eras tan bueno como don Alonso Quijano.  
Esgrimías la risa no a manera de azote,  
sino a modo de pródiga bendición de tu mano.

La risa! Fué tu arma; pero un bálsamo era.  
Más curaba que hería. Mágica y prodigiosa  
brotaba de tu pluma como linfa ligera  
y se abría en tu noble pecho como una rosa.

No hiciste mal a nadie; ¡y cuánto bien hiciste!  
Tu alegría era un fruto que a todos alcanzaba.  
Cuántas veces en medio del dolor sonreíste  
y el dolor se extinguía y el mundo se aclaraba.

Oh gentil caballero de la risa en el alma,  
¿quién vendrá a consolarnos en nuestro amargo afán?  
Tu ingenio en nuestra copa era el vino que encalma  
y en nuestra mesa triste tu alegría era el pan.

Buenos Aires, 1934.

## P Á L I D A      M O R S

Cuando a buscarme vengas te llevarás mis huesos  
y mi carne marchita y mi sangre hecha hiel,  
mas no podrás llevarte la emoción de mis besos  
ni el ritmo de mis cantos ni mi verde laurel.

Tú no podrás llevarte la vida que he vivido,  
el placer que he gozado, el sueño que soñé.  
Cenizas de una leña que a los vientos ha ardido,  
eso es lo que en tus manos tan sólo dejaré.

Cuando a buscarme vengas sólo hallarás mis rastros.  
La vida ya hará tiempo que se te adelantó.  
La vida, la que enciende y desgasta los astros,  
poco a poco en sus rudas manos me trituró.

En sus brazos quedaron mi juventud zahareña,  
la embriaguez de mis horas de lucha y frenesí,  
todo lo que en el alma florece, vibra y sueña.  
¡Qué poco has de llevarte cuando vengas por mí!

## POEMAS DE ANDAR Y VER

## EL EMBRUJO DEL SOL

Bajo tu beso límpido vibran de amor fecundo  
la entraña de la tierra y el corazón del mundo.  
Y el mar con un rugido de amor se despereza  
y el bosque se desata en cantos y en aromas  
y en alas. Y el suspiro de la naturaleza  
se transmite al arrullo sensual de las palomas.

Bajo tu blanco efluvio de luz abren su seno  
las flores de los campos, y las parvas de heno  
se transforman en cúpulas de oro en la pradera,  
y el árbol enarbola su gárrula bandera.  
Tu clámide pasando por el cielo y el suelo  
levanta en el espíritu del hombre olas de anhelo.  
Y tu cetro que ahuyenta las nieblas indecisas  
en el confín remoto, y el límite señala,  
decreta que los labios florezcan de sonrisas  
y a veces en los hombros del hombre impone un ala.

Cuando tu cristal fluído en las cosas se parte,  
saltan y se derraman en la vida y el arte,  
como inasibles genios que el haz de sol encierra,  
los colores, divinos decoros de la tierra.  
Los colores! que ciñen el mundo a la retina  
y lo embanderan para la glorificación  
de lo que el hombre, cuando por el mundo camina,  
toca con su mirada, como con un bastón.

Yo te vi esta mañana, desde el balcón. Tendías  
tu claridad absorta sobre las lejanías  
azules que se asoman a contemplar el valle  
de la ciudad, al término distante de la calle.  
Tu claridad bañaba la ciudad como un riego  
de cristalinas aguas que fuesen agua y fuego.  
Y era como si el ínclito azul de las alturas  
se hubiese derramado —cristal, nácar y seda—  
en la calle que se iba como en tren de aventuras  
hacia el mar, con un borde de sombra en la vereda.

Comprendí tu ardoroso y mudo llamamiento,  
sol que embrujas los días de los países cálidos.  
(En tu voz luminosa hay tal arrullamiento  
que se encienden de rosas los semblantes más pá-  
[lidos])

El relieve surgía bajo el mágico encanto  
de tu varilla de oro, como brotaba el canto

de la maravillosa garganta de un jilguero  
que a mi lado, en su jaula, era un dios prisionero.  
Todo adquiere una intensa realidad objetiva  
—la muerte está más muerta y la vida más viva—  
cuando tú sobre el mundo vuelcas la catarata  
de tus ondas fluídas e impalpables de plata.

Tú nos coges el alma con dedos rutilantes  
y nos llevas contigo a los mundos distantes  
que a tu amparo perciben nuestros ojos despiertos,  
a nuevos horizontes y mirajes abiertos.  
Nos anegas los ojos con la gloria del día  
y todo nos parece florecer de alegría.  
Penetras en el alma por la ventana abierta  
de los cinco sentidos y le gritas: despierta.

Pero entretanto envuelves el cuerpo en la tibeiza  
de una red deliciosa de calma y de pereza.  
Y así mientras el cuerpo renuncia a todo empeño  
el alma se extravía en grupas del ensueño.  
Tú me coges del brazo y me llevas contigo  
a vagabundear como un plácido amigo.  
Cuando tu mano tibia golpea en mi ventana  
y arroja hasta mi lecho desnuda la mañana  
—oh divino Galeotto— sé que aguardas afuera  
a que al fin me liberte de sus brazos amantes

para que nos vayamos juntos a la ribera  
del mar y nos tumbemos como dos atorrantes...

Oh, qué suave delicia vagar por las veredas  
ancladas en la sombra bajo las arboledas  
mientras el sol estalla en su cósmica risa  
silenciosa y vibrante, posado en la cornisa  
de las casas, tendido sobre el suelo de asfalto,  
prendido como un ave de cristal en lo alto  
de los árboles... Nada se compara al influjo  
del sol que nos convida a salir de nosotros  
para entrar en la vida, esclavos de su embrujo,  
sintiéndonos por arte de encantamiento, otros.  
Tu claridad me incita como una clarinada  
que mis ojos oyesen, oh tibia voz callada.  
Y al escuchar en éxtasis ese vivo reclamo  
me olvido de mis odios y solamente amo.

## CONTEMPLACIÓN NOCTURNA

### I

El túnel de la noche...  
Por él la vida pasa  
enhebrando crepúsculos,  
locomotora mágica  
cuyos rieles de estrellas  
son caminos que andan.

La noche es una gruta  
fantástica.  
Los sentidos en ella  
trascienden luz de alma.  
Y la luz de sus astros  
nos envuelve encantada:  
es un vago perfume  
que brilla y nos embriaga.

De la llama del día  
es la ceniza pálida

donde dispersas arden  
inextinguibles brasas.  
Ceniza que se vuelve  
azul en la distancia  
que recorren los mundos.  
Desciende lenta y blanda  
y nos va sepultando  
poco a poco en la nada.

El sueño es lago inmóvil  
de esa gruta.

    En su agua  
la antorcha de la vida  
lentamente se apaga,  
para encenderse en cuanto  
emerge de esa agua.

Sin timonel navega  
nuestra silente barca  
por ese lago quieto  
en la gruta callada,  
bajo el fulgor lejano  
de temblorosas lámparas.

II

En tu silencio augusto  
—allá por las lejanas  
campañas que se pierden  
quietas y solitarias—  
se oye viajar el cosmos  
con sus ruedas de plata,  
que van trillando siglos  
en las rutas por donde viene el alba.

Y de la Eternidad se siente el soplo  
en el vuelo tranquilo de las alas  
con que el tiempo acaricia nuestra frente  
en tu blando silencio reclinada...

III

¡Noche! ¿Muerte? Tal vez... Tú nos acercas  
más que el día a las márgenes sagradas  
donde el barco de negras colgaduras  
inmóvil, pero pronto, nos aguarda.

## LA TRAGEDIA IMPOSIBLE

Una congoja de relámpagos  
estremecía el firmamento.  
Era un sollozo de la noche  
la convulsa explosión del trueno.  
Lanzas de plata y de diamante  
se desprendían de los cielos  
y se clavaban cimbradoras  
en las cumbres de los cerros.  
Dioses ocultos tras las nubes  
arrojaban como en un juego  
olímpico sus jabalinas  
entre las sombras, contra el suelo.  
El horizonte tras la sierra  
se perdía, como escondiéndose.  
Los relámpagos se tendían,  
galgos de azufre, persiguiéndolo,  
y al descubrirlo en la hondonada,  
le ladraban con sordo estruendo.

Un monte en forma de meseta  
bajo el crepúsculo sangriento  
serviría para el convite  
de los dioses.

Aullaba el viento.  
Las cabelleras de los árboles  
en el gran bosque epiléptico,  
se sacudían tironeadas  
por los zarpazos que del cielo  
monstruos enormes les lanzaban  
con invisibles manos de viento.

Se diría que aquellos árboles  
entre esas garras debatiéndose  
estaban prontos a arrojarse  
arrebatados en un vuelo...  
Tragedia horrible!

Quedarían  
sus raíces chorreando cieno  
y arrastrándose por la tierra.  
Mientras que, a saltos grotescos,  
los árboles correrían  
enlazados por el violento  
huracán, sin lograr alzarse,  
tropezándose, cayéndose,  
como pájaros deformes

que no pueden tender el vuelo,  
ni correr.

¡Tragedia horrible  
la de los árboles huyendo!

L O A M A R I N A

Este contacto con el mar!  
Este hundirse en el agua esquivada  
que se desplaza sin cesar,  
eternamente viva.

Este entregarse a la onda amarga  
que nos envuelve en su inquietud,  
y con una caricia larga  
nos anega de beatitud.

Este enredarse con la espuma  
que al Arco Iris multiplica.  
Este avanzar entre la bruma  
del polvo de agua que salpica.

Este caer bajo el impulso  
de las olas, ruedas del viento,  
y sentir cómo late el pulso  
del planeta en el firmamento.

Este quedarse sobre el agua  
lejos de todo afán mundano,  
mientras el sol arde en la fragua  
culminante del meridiano.

Este olvidar sobre las ondas  
toda terrena desazón  
y echar al aire las más hondas  
raíces de la preocupación.

Este batirse con el mar.  
Este rasgarlo como un manto,  
y este dejarse arrebatar  
en su hondo ímpetu, al nadar,  
como una palabra en un canto...

L A S I E R R A

Escalera gigante  
para que el cielo suba  
a acercarse a sí mismo  
o descienda en los brazos de la lluvia.  
Dispensadora de horizontes  
para quienes la escalan,  
horizonte ella misma de los ojos viajeros  
que en torno vuelan de sus plantas.  
En su inmovilidad eterna  
bajo la inconstancia de las nubes  
y la serena danza de los astros,  
juega  
a la comba con el firmamento.  
Con sus cumbres bañándose  
en lo azul, como islas del cielo.  
Pastora de horizontes,  
hace girar el lazo de los vientos.  
La lluvia se despeña por sus flancos  
y le cuelga torrentes en las faldas,

que llegan presurosos hasta el río  
y en sus vibrantes ondas se agazapan.

Canta

cuando la voz del trueno  
sobre las agresivas aristas de sus piedras  
empuja la avalancha  
de los ecos.

Es el augur del campo.

Hace señales misteriosas  
que el campesino sabe  
interpretar como un celeste idioma.

El tiempo, el sol, las nubes  
le imprimen gestos múltiples.

Desde el confín remoto  
ella habla con su extraño  
lenguaje silencioso  
anunciando la lluvia  
o el buen tiempo.

A veces congrega a las nubes  
en torno de sus cerros  
y se arropa con ellas en silencio.

Su semblante se torna sombrío.

El rayo estalla en sus alturas  
y le muerde las rocas  
con sus dientes flamígeros.

Ella

se yergue torva como un dios rencoroso

que desatase sobre el mundo  
con un fruncimiento de cejas  
su cólera de centellas.

Una noche acampó mi cansancio  
entre sus altas sombras;

y vi que los cerros, llevando en la mano  
cada uno una estrella

a guisa de antorcha,  
rompían la marcha  
hacia el ancho espacio.

Detuviéronse al fin en la orilla  
de un mar remota.

Allí se arrojaron al mar. Y la sierra  
fué entonces como una fantástica flota,  
como un archipiélago anclado en la unánime  
y perenne inquietud de las olas.

## ROMANCE DE INVIERNO

Los gallos me despertaron  
con su clarín inseguro.  
Salté del lecho.

Aun quedaba  
como rezago nocturno  
algún lucero perdido...  
Empezaba a ser el mundo.  
En la puerta de la casa  
el Pampero me detuvo  
poniéndome sobre el pecho  
brutal y frío su puño.  
Miré al campo.

Entre la niebla  
todo era vago y confuso.  
Pensé en mi propio destino,  
sin caminos, niebla y humo...  
Fuí en busca de mi caballo.  
Entré en la cuadra, y al punto  
que me vió, con un relincho

me dió el matinal saludo,  
ansioso de movimiento  
y horizontes, el cuadrúpedo.

Por un camino de tierra  
nos alejamos sin rumbo.  
Contenido por las bridas  
arqueaba su cuello oscuro  
y relumbrante el caballo,  
haz de nervios y de músculos  
que con ruido de coscojas  
subrayaba sus impulsos.  
Poco a poco iba saliendo  
de su nebulosa el mundo.  
La niebla se levantaba  
huidiza de entre los yuyos.  
Algún chajá desde el monte  
nos consideraba intrusos  
de la soledad del campo  
y daba su alerta rústico.

Siempre al tranco del caballo  
—rumiando pena y disgusto—  
bajo la melancolía  
de esa mañana de junio  
—la vida se me secaba  
en las manos, como un fruto,

antes de que yo pudiera  
sorberle el precioso jugo—  
me fui internando en las chacras.  
Pasamos cerca de algunos  
ranchos de donde surgieron  
nubes de perros hirsutos.  
Aun no estaba claro el día  
cuando llegamos a uno  
a cuya puerta asomose  
una mujer.

Al saludo  
que le dirijo responde,  
pero se retira al punto.  
¿Qué mágico encantamiento  
me poseyó en un segundo?  
¿Qué fluído maravilloso  
me conquistó con su influjo?  
Acaso fué el sortilegio  
del ancho campo fecundo  
estremecido en los brazos  
del alba en ese minuto.  
Acaso fuese la sola  
virtud de unos ojos brujos,  
la agria belleza de un rostro  
entre impasible y ceñudo;  
la tersura de una tez  
en el áspero conjunto

de lo que la rodeaba  
en ese rincón del mundo...

Lo que sé es que ya no pude,  
caviloso y taciturno,  
dejar de verla a mi lado  
como indicándome un rumbo.  
Con esa expresión de esfinge  
en el bello rostro adusto,  
con que salió a mi cruzada  
cuando iba meditando,  
al trote de mi caballo,  
una mañana de junio...

# L E T R I L L A

En los hombros del río  
brotaron alas,  
como de mariposa  
sobre las aguas.  
Ay, quién me diera  
partir con esas alas  
espacio afuera!

# DIVAGACIÓN URBANA

*(De un desterrado en Buenos Aires).*

Una ciudad se agota como un tema  
en fuerza de recorrerla y de vivirla.  
Cuando uno llega por primera vez a su puerto  
o por primera vez pisa sus calles,  
su saludo le golpea la cara  
y le deslumbra los ojos  
con la promesa de lo desconocido.

Las miradas se arriesgan ansiosas  
a lo largo de todas las avenidas  
y de todas las callejuelas  
en la avidez de una sorpresa,  
que ha de saltarnos al cuello,  
al trasponer la primera esquina.  
El espíritu se tiende  
como las manos de un ciego  
buscando y provocando el contacto  
con una vida nueva.  
A cada paso que damos

el corazón aviva su ritmo  
 porque creemos acercarnos  
 al hallazgo imposible.

Internarnos en ella,  
 en su inquietud, en su tráfico,  
 entre las filas de sus edificios,  
 en el flojo abrazo de sus plazas,  
 es por sí solo una aventura.  
 Y en verdad, nos van saliendo  
 al encuentro por todos lados,  
 imprevistas ocasiones de asombro.  
 De los escaparates,  
 fanales de fantasmagoría,  
 nos hacen señas tentadoras  
 riquezas de cuentos de hadas.  
 En esta calle nos detiene  
 la mole soberbia de un palacio  
 o la resonancia lejana  
 de una evocación del pasado.  
 En aquella, una bóveda  
 de árboles con su verdor perenne  
 que hacen de toda la calle  
 la nave clara  
 de un templo sin ídolos.  
 En la calzada, la invasión impetuosa  
 de los vehículos lanzados

al asalto  
 de los destinos ignorados.  
 En las veredas,  
 el cuerpo a cuerpo  
 de la circulación obligatoria  
 e irrefrenable.  
 Los interiores feéricos  
 de los comercios de lujo  
 donde una civilización complicada  
 abre sus flores de maravilla  
 entre un incendio de cristales.  
 Y si trasponemos los umbrales  
 para adentrarnos en el engranaje  
 de esa vida exterior,  
 la sorpresa hace a menudo  
 los honores de casa  
 a nuestra ingenuidad provinciana,  
 o nos sirve un instante  
 con una enigmática sonrisa  
 de camarero asiático.  
 Teatros, cabarets, restaurantes!  
 Polvo de oro arrojado  
 a los ojos del recién venido  
 por manos ocultas.

El progreso es la administración  
 de la sorpresa renovada.

Cuando nos coge  
en su escalera rodante  
nos lleva de la calle soleada  
a la cueva nocturna del Lacroze,  
o viceversa.

El progreso nos aturde  
con sus voces inauditas.  
Nos obliga a girar como trompos  
en su órbita de vértigos  
y nos hace andar por la urbe  
dando tropezones  
con nuestra propia sombra.  
De pronto nos detenemos  
abriendo las piernas en compás  
para quedarnos tiesos  
sobre la tierra.  
Pero quedamos convencidos  
que no daremos un paso  
sin extraviarnos.

Los ómnibus pasan ante nuestros ojos  
la cinta rauda de sus letreros  
con el sarcasmo gritón  
de sus mil direcciones.  
Llegamos a creer  
que no llevan a ninguna parte.

Boedo, Belgrano, Villa Devoto...  
Países hiperbóreos  
de donde no vuelven  
los que van todos los días...

Pero la ciudad se agota  
como un tema.  
Poco a poco la vamos aprendiendo.  
Poco a poco la vamos penetrando.  
Y llega un instante en que toda  
su complejidad se reduce  
a una ecuación algebraica,  
a una fórmula química.  
Sus secretos se nos van rindiendo  
uno a uno,  
centinelas sorprendidos  
en la persistencia implacable  
de un asalto obstinado.  
Nuestros ojos han aprendido a ver  
todos los hilos invisibles.  
Nos hemos familiarizado  
con la ineditud.

La música inaccesible  
de la sinfonía ciudadana  
se ha vuelto huésped campechano  
de nuestros oídos.

Y tras el aparato imponente  
 de las cosas que nos sobrecogían,  
 ya advertimos los resortes vulgares.  
 Los dioses ocultos tras las nubes,  
 hoy se sientan en nuestra mesa  
 a bostezar con nosotros...  
 Los países lejanos y fantásticos  
 ya están a la vuelta  
 de la primera esquina.  
 Y las tierras inexploradas  
 de donde no volveríamos jamás  
 nos ven llegar todas las tardes.  
 Damos vuelta la ciudad  
 en nuestras manos,  
 Mefistos de teatro  
 podríamos cantar: *Ecco il mondo!*

Pero la ciudad  
 concluye por vengarse  
 de nuestra jactancia.  
 Cuando ya creíamos  
 haberle exprimido  
 hasta la última  
 posibilidad de sorpresas,  
 nos arroja al rostro  
 un hálito de novedad.  
 Y es que nos hemos quedado

adormecidos en el hueco  
 de nuestra costumbre,  
 entre horizontes ceñidos  
 que se nos han vuelto familiares,  
 mientras la ciudad crecía,  
 renovando los suyos.

Así la vida toda;  
 así el hombre y el mundo.  
 Hasta este pequeño pedazo de universo  
 que aprisionamos para nosotros  
 con la garra ansiosa  
 de nuestros cinco sentidos,  
 se nos escapa todos los días  
 un poco de las manos.  
 Y al final nos desborda,  
 y pasa por encima  
 de nuestras fuerzas exhaustas  
 para abandonarnos  
 en la muerte.

POEMAS  
CONFIDENCIALES

## EL RÍO MILAGROSO

A pesar de la vida, vivo  
con el alma radiante  
de un sagrado optimismo  
que me brota cantando  
de lo hondo de mí mismo  
como una fuente lírica,  
como un pujante río  
cuyas ondas arrastran  
sobre su dorso líquido  
la amargura que vierten  
los hombres en mi espíritu.

A pesar de la vida vivo . . .

Lávame siempre el alma  
—¡oh milagroso río!—  
con tus aguas de ensueño,  
con tus aguas de olvido,  
y arrástrame en tu curso

cual si fuese un navío,  
cargado de esperanza,  
que ignora su destino  
y marcha hacia la muerte  
sobre el abismo.

A pesar de la vida, vivo...

A V E . . . .

Una humedad de luz y de ternura  
hay en tus ojos al amor abiertos,  
hospitalarios y tranquilos huertos  
que ofrecen al viajero su frescura.

Puertos de paz y de bonanza. Puertos  
donde el marino un agua halla segura.  
En ellos encontraron sepultura  
líquida y clara algunos astros muertos.

Inundados de alma, cuando miran  
más que mirar parece que suspiran.  
Y desciende desde ellos hasta el alma  
tan indecible beatitud; tan suave  
consolación; tan infinita calma,  
que el alma queda murmurando: Ave...

## EL SUEÑO DEL CARÁCTER

Si uno pudiera dirigir su vida  
como Apolo su carro fulgurante,  
marchando en una como arremetida  
plena de voluntad hacia adelante!

Si desde el mismo punto de partida  
hasta el punto final, de uno a otro instante,  
de una a otra meta, próxima o distante,  
nuestra mano empuñase nuestra brida!

Poder seguir un invariable trazo  
como si nos llevara nuestro brazo  
a modo de timón de nuestra suertel

Ser el auriga de su propio carro;  
y plasmar uno mismo, hasta la muerte,  
su propia estatua con su propio barro!

## M I A R M A D U R A

Todas las mañanas  
al saltar del lecho  
visto una armadura  
que me cubre el pecho,  
me mantiene el alma enhiesta y segura  
y el torso derecho.

Y salgo a la calle  
comprimido el talle  
por esa invisible armazón  
que contra mi propia angustia me sostiene  
y firme, resuelto y erguido me tiene,  
como un rodrigón.

La gente me mira pasar con mi vivo  
aire de confianza, alegre y altivo,  
y no se figura  
que llevo en el alma una corriente oscura  
de terca amargura  
que no salta a chorros de mi corazón

porque la contengo y la domino con  
la caparazón  
de esa mi impalpable, sutil armadura.

Con ella atravieso  
por la vida; y eso  
da al paso firmeza  
y es como un estrinque para mi cabeza.  
Ella reviste de un brillo de acero  
mi melancolía  
y pone firmeza sobre mi tristeza,  
porque yo no quiero  
que la gente ría  
de lo que yo muero...

Con esa armadura trabajo y batallo.  
Los golpes que en ella me dan repercuten  
en el corazón; pero sufro y callo...  
Y por mi camino voy gracias a ella  
por sobre mi propio desaliento y sobre  
la sangre y el llanto salobre  
que vierte invisible mi íntima querella,  
tal como la estrella  
sigue su camino  
lenta e incesante, por sobre el divino  
reguero de sangre que marca su huella...  
Y cuando de noche a mi refugio vuelvo;

cuando a mi planeta interior me devuelvo,  
quítome en silencio la férrea armadura  
y veo en mis carnes y en mi alma la oscura  
señal de los golpes dados al acero  
en el agresivo afán del entrevero.  
Y libre mi espíritu de la ligadura,  
cae sobre sí mismo sangrando amargura...  
Soy entonces todo para mi tristeza  
y en ella descanso de la ardua tensión  
de llevar heroicamente erguida la cabeza  
con una aureola de resolución.

Cuando raya el día  
de mi alcoba arrojó la melancolía  
—mi amante secreta— y sobre el dolor  
de mi carne herida y torturada por  
las filosas piedras que ayer me alcanzaron;  
sobre las abiertas llagas de mi pecho;  
sobre las ardientes úlceras del alma;  
saltando del lecho,  
me pongo otra vez  
la férrea armadura  
de fría altivez.

Y con ella un porte de alegría y calma,  
para entrar de nuevo a la refriega dura  
con el puño firme, diamantina el alma,  
y un ave latiendo bajo la armadura.

## A N S I A   S E C R E T A

Quisiera no ser nadie, nadie, nadie!  
que no me conociese nadie, nadie,  
y pasar por la vida  
como cruzan las aves  
conservando en sus alas  
la suprema virtud de libertarse.

Quisiera que ninguno,  
cuando voy por la calle,  
con aire de saber quién soy, qué he sido  
o qué hice, me mirase...  
Quisiera en el anónimo  
perfecto refugiarme  
contemplando del mundo, entre la sombra,  
el eterno afanarse.

Me ha fatigado este vivir intenso  
en una dispersión de siembra al aire...  
ante los ojos ávidos del vulgo

que observa nuestros gestos, nuestras frases,  
y vampirescamente nos absorbe  
la esencia espiritual más entrañable.

Quisiera sustraerme  
a la ruda vorágine  
que nos arrastra sin cesar, tal como  
la "bufera infernal" de que habla el Dante.

No quiero tener más sobre mí fijos  
los mil interrogantes  
ojos de "todo el mundo" que nos siguen,  
como el ojo de Dios, a todas partes,  
que presencian curiosos y exigentes  
de nuestra vida el empeñoso trance,  
sin ver que una recóndita tragedia  
ruge en el corazón, pronto a quebrarse...

Yo quiero paz, después de tanta guerra,  
y quiero sobre todo consagrarme  
a tallar en el leño de mi vida,  
al fin, mi propia imagen,  
en vez de reflejarla fugazmente  
en la corriente ágil  
o dibujarla en la movible arena  
que el mar inquieto con su olas barre.

## E L P E S C A D O R

En la vida prosaica arrojé mi lirismo  
como su red un pescador  
a las ondas revueltas que cubren el abismo,  
y de la vida extraigo dolor, dolor, dolor...

Pero no me acobarda la presentida pesca.  
Me interno con mi barca siempre más, siempre más,  
y a veces lanzo al aire con voz potente y fresca  
mi canto de esperanza o de guerra o de paz!

Aunque de cuando en cuando me turba un pensa-  
fantástico y cruel. [miento  
Temo que sople un día más impetuoso el viento,  
y a mi propio cadáver traiga dentro la red.

## M I I D E A L

Mi ideal es un árbol que ha clavado sus fuertes  
raíces en mi corazón,  
y cada nuevo día que se abre sobre el mundo  
le pone un nuevo resplandor.

Se nutre con los jugos potentes de la tierra  
y adelanta hacia el sol.  
No es una cosa inmóvil; es una cosa viva  
en perpetua ascensión.

La sangre de mis venas circula por sus ramas  
y las hace crecer y florecer;  
cada día le pone un brote más y un nuevo  
impulso de crecer.

Cuando sus ramas rígidas, deshojadas y mustias  
no crezcan ni florezcan más,  
ha de ser porque muerto, como un astro agotado  
de verter luz y vida, mi corazón está.

## A DELMIRA AGUSTINI

*(Acusándole recibo de  
"Cálices Vacíos").*

Con qué delectación de sibarita  
en tus mágicos "Cálices Vacíos"  
libé tu alma, en que el amor palpita  
como lucen los astros y circulan los ríos:  
eternamente e inconscientemente  
porque una ley que ignoran, se lo ordena.  
Tus sueños son hermanos de los ensueños míos;  
pero, ¡qué bien los cantas! ¡Cómo suena  
la música interior de tus canciones  
en lo más hondo de los corazones!...  
Alma celeste en ánfora terrena.  
Carne que vibra llena  
del númen del amor y de la vida.  
Arpa viviente, arpa estremecida  
por el soplo que anima a las entrañas  
del mundo. Como las montañas  
bajo su névea superficie esconde  
tu seno de marfil vetas de oro;

aguas hirvientes en raudal sonoro;  
fuego central. Tú eres  
la más mujer de todas las mujeres.  
Por eso se diría  
que en tí ha encarnado toda la poesía  
del sexo; la armonía  
de la belleza interna y de la externa,  
del alma y de la carne, del pétalo y su aroma,  
del cándido plumón de la paloma  
y de su ardiente celo...  
Arenal y cisterna.  
Cisterna en cuyo fondo brilla el cielo.  
Tentación y consuelo.  
Espiritual, sensual; cima y caverna.  
Angel y Lucifer.  
Es decir: ¡la mujer!  
Porque eres la mujer eres eterna.

## BALADA DEL NAUFRAGIO

Se me hundió el cielo  
al poner sobre él mi barca.  
Y mis remos partieron estrellas  
bajo las aguas.  
Yo veía rodar los pedazos  
de luz entre ondas rasgadas.  
Y perderse en el fondo marino  
sin distancias.  
Yo veía saltar los delfines  
de plata  
sobre ruedas azules  
de blanquísimas llantas.  
Yo fuí un náufrago  
bogando en mi barca.  
Y bajé hasta los maravillosos  
castillos de nácar  
y coral en que habitan desnudas  
las sirenas blancas  
cuya voz acaricia al marino

en las noches diáfanas.  
En sus cabelleras  
suntuosas y largas  
todas las estrellas que en el mar cayeron  
brillan enredadas.  
Pájaros de fuego níveo  
en una selva de agua.  
Su voz luminosamente  
canta.

Retorné al puerto en la noche  
todo tendido en mi barca.

## INVOCACIÓN VIRIL

Soplo sutil que llegas de remotos confines  
a deshojar mis rosas y agostar mis jardines,  
viajero de la nube sobre el viento y el mar,  
no me hieles la sangre con tu aliento de abismo.  
Déjame erguir el alma, domador de mí mismo,  
e internarme en la vida a combatir y amar.

No amargues en mis labios la fruta que me tienta,  
no prives a mis dientes de la ansiedad violenta  
de clavarse en la pulpa impregnada de miel.  
Ni detengas mi gesto ni agarrotés mi mano  
cuando ardiendo en la llama de mi instinto pagano  
estruje un muslo virgen o acaricie una piel.

No insinúes la insidia del desfallecimiento  
en el rojo tumulto del corazón sediento  
que salta a desplegarse en audacia y acción.  
No quiebres en mi puño el acero del brío

cuando quiera lanzarse imprudente y bravío  
a desafiar la vida bajo mi pabellón.

No atraveses la rama de tu sombra infecunda  
en la senda que abre mi confianza profunda  
en el futuro y en el ideal.

Déjame ser un hombre hasta el fin de mis días.  
Quiero morir de pronto entre mis energías  
como entre sus soldados un general.

Chacarera,  
chacarera de mi amor,  
está floreciendo en llamas  
el ceibo porque te vió.

C H A C A R E R A

A la sombra de los sauces,  
chacarera de mi amor,  
cuando logre darte un beso  
vas a devolverme dos.

El arroyo va cantando,  
alegre porque te vió  
caer en sus claras ondas  
desnuda como una flor.

El arroyo va llorando,  
pues te tuvo y te perdió,  
y el perfume de tu carne  
va en sus aguas con el sol.

Espérame, chacarera,  
que están los ceibos en flor  
y hay llamas entre las ramas  
para quemarnos los dos.

## F É M I N A   A C T U A L

Con el cabello corto, con algo de muchacho  
en la desenvoltura de sus gestos audaces,  
con un mirar impávido y un rostro vivaracho,  
con el relampagueo de sus dientes voraces.

Con un cuerpo flexible, de espada cimbradora,  
sin esquivar al aire las piernas y los brazos,  
y como acostumbrada, osada y retadora,  
a abrirse por la vida su camino a codazos,

se me plantó delante con varonil franqueza  
y advertí en su apostura y en su gracia felina  
que era el símbolo vivo de una nueva belleza  
y exclamé: "Salve Fémينا, por siempre femenina!"

Rióse de mis lentos modales comedidos  
y rió con su risa de chorro de agua pura,  
y vi que si tenía briosos los sentidos  
ella bien los regía con su mano segura.

Se sentó ante mi mesa de trabajo y me dijo  
lo que de mí pensaba, sin amaneramiento;  
yo tan sólo atinaba a mirarla muy fijo  
con algo de amargura y de deslumbramiento.

Luego me dió la mano, enérgica y sencilla.  
Yo seguía mirándola y sin decirle nada.  
Se acercó y estampóme un beso en la mejilla  
rotundo y resonante como una bofetada.

La otra mejilla al punto ofrecí a su albedrío,  
mas la chica blandiendo su clara risa abierta,  
echó a correr delante de mi ademán tardío  
y cerró tras su paso de un golpazo la puerta.

## F É M I N A I N A C T U A L

Ante el vértigo extraño que en tus ojos me llama,  
mi razón se extravía y a decir no se atreve  
si el fuego de tu espíritu a tu carne conmueve  
o el ardor de tu carne a tu espíritu inflama.

Conjunción y dualismo de energías centrales  
que en ti luchan y ponen su vibración profunda,  
hay en ti ese contraste de ciertas catedrales  
que el misticismo habita y el claro sol inunda.

Seráfica en el dulce brillo de tu sonrisa  
y sensual de tus ojos en la luz que traspasa,  
tus palabras nos rozan, suaves como una brisa,  
y tus labios nos queman, ígneos como una brasa.

La unción que se desprende de tu voz y tu mano  
desconcierta como una imprevista asonancia.  
Entrecierro los ojos y oigo un coro lejano  
de ángeles; pero quedo ebrio de tu fragancia.

Absorto e indeciso, te escucho y te contemplo.  
Cielo y tierra trasciende el aroma que exhalas.  
Cállome temeroso de profanar el templo,  
y no te beso un hombro por no manchar tus alas.

Pero clavo en tus hondas pupilas mi deseo  
y me parece, a veces, que algo en ellas responde  
no con la voz celeste del ángel que en ti veo,  
sino con el rugido de un lobo que se esconde.

## ROMANCE DE LA CULPA FRUSTRADA

Salí a caballo temprano  
 a vagar por los caminos.  
 Era la mañana pura  
 como el aliento de un niño.  
 La luz del día brotaba  
 desde el horizonte límpido  
 y resbalaba en los campos  
 bañándose de rocío.  
 Llegaban a mis pulmones  
 bocanadas de infinito  
 de la ancha extensión abierta  
 a mi ensueño y mi albedrío.  
 El paso de mi caballo  
 era elástico, ágil, vivo,  
 y una leve nubecilla  
 lo seguía en el camino  
 mordiéndole los garrones  
 como un blanco gozquecillo.

Descendí por la cuchilla  
 hasta el monte de espinillos.  
 Paso abriéndose entre juncos  
 y camalotes, el río  
 se coloraba de aurora  
 llevando el cielo consigo.  
 En el vado sobre piedras  
 saltaba con fresco ímpetu,  
 mientras los sauces llorones  
 arrodillados y míseros  
 se miraban en el agua  
 con lástima de sí mismos.  
 Bajaban por los barrancos  
 con sus troncos retorcidos  
 tropas de árboles indígenas  
 para mojarse en el limpio  
 caudal que arañaba el viento  
 deslizándose furtivo.  
 Avivé con los talones  
 la audacia de mi tordillo  
 y rompiendo la corriente  
 con un estrago de vidrios  
 —el firmamento hecho trizas  
 por los cascos del equino—  
 pasamos a la otra margen,  
 donde al poner pie nos vimos  
 envueltos en la aureola

de acuoso polvo de río  
que levantó de su grupa  
al sacudirse mi pingo.

Al trote por el sendero  
nuestra marcha proseguimos,  
yo con el alma serena,  
con voluntad mi tordillo,  
llevándonos la mañana  
con nosotros, como el río.  
Llegamos a una tranquera  
cruzada sobre el camino.  
La abrí desde mi caballo  
y la marcha proseguimos.  
De vez en cuando, de gozo  
la bestia daba un relincho  
que sobresaltaba el día  
aún tierno y recién nacido.  
Los teros desde los pastos  
nos apedreaban a gritos  
y se oían los chingolos  
melancólicos y tímidos  
silbar su canción monótona  
que tiene de adiós y olvido.

De la senda en un recodo  
apareció entre unos pinos

el rancho que me aquerencia  
con unos ojazos indios.  
Relumbran como dos brasas  
de su fogón entre el limbo  
del humo de la cocina  
donde siempre departimos  
el viejo gaucho en cuclillas  
junto al fuego, y yo, su amigo.  
Los grandes ojos de brasa  
rondan el diálogo íntimo.  
Resplandecen sobre el mate  
que me trae un gesto tímido.  
Me observan desde la sombra  
y yo de lejos los miro  
como focos que fulguran  
sobre arrecifes marítimos  
advirtiendo a la distancia  
al navegante el peligro.  
Todo el misterio del mundo  
está en esos ojos vivo.  
Cuando la vista penetra  
la penumbra del recinto,  
ve que esos ojos alumbran  
cutis de marfil antiguo,  
entre pestañas muy largas  
y cejas de trazo fino,  
bajo una mata de pelo

ondulado y renegrado.  
 Y ve una boca golosa  
 que es un rojo clavel tibio,  
 insinuar una sonrisa  
 sobre un beso presentido.

Me despedí del buen viejo,  
 y al montar en mi tordillo,  
 la nieta se me acercó  
 —Pa acompañarlo —me dijo.  
 Puse al paso mi caballo  
 y ella a mi lado se vino.  
 Cambiamos pocas palabras.  
 Se sonríe, me sonrío...  
 Ante esa chica del campo  
 yo me vuelvo campesino.  
 Me siento como estaqueado  
 y decirle no consigo  
 una palabra bien puesta.  
 Ella me mira. La miro.  
 Nos miramos en los ojos  
 en un mudo desafío.  
 Llegamos a la tranquera.  
 Allí me apeo indeciso.  
 —Adiós!, me dice, tendiéndome  
 la mano.

—Adiós!

Siento el tibio  
 contacto de su epidermis  
 en mi mano.

Calofríos  
 de las ansias contenidas  
 desbaratan mi albedrío  
 cuando rodea mi cuello  
 con un abrazo ceñido  
 y me da un beso en la boca  
 como si me diese un tiro.

Olvidándome de todo  
 quiero tenerla allí mismo,  
 sobre la verde gramilla  
 y bajo el cielo infinito,  
 a la sombra azul y larga  
 de la alameda de pinos.  
 Le palpo el cuerpo flexible,  
 llama de carne y de lirio,  
 en que se queman mis besos  
 y se tuestan mis mordiscos.  
 Todo su cuerpo se entrega,  
 mas cuando lo creo mío,  
 se me escurre de las manos  
 y echa a correr de improviso  
 por entre los matorrales  
 como un venado imprevisto.

Al irse, su carcajada  
en el aire cristalino  
fué el vuelo de una paloma  
arrojada hacia el vacío.

Volví a montar a caballo.  
Puse al galope el tordillo.  
Cruzamos lomas, llanuras  
y vadeamos el río,  
yo con el alma en tumulto,  
el corcel, tenso y arisco.  
Horadamos la mañana  
castigando los caminos,  
de las patas del caballo  
con el martilleo rítmico.  
Y retornamos a casa  
más rápidos que nos fuimos,  
blanco de coraje yo,  
blanco de espuma el tordillo.

## DICCIONARIO LÍRICO

## DEFINICIÓN DE LA PALABRA AMOR

Amor, tacto del alma.

Corazón de la Vida.

Un latido de astros en la noche del ser.

Colmena de los sueños, donde todo el acíbar  
del mundo se ha trocado en miel.

Amor, llama de espíritu.

Soplo de carne en celo

que se impregna en las flores de toda idealidad.

Voz de celestes coros inundando el silencio.

Vibración de las arpas de la sensualidad.

Amor, luz de misterio.

Soles que se deshacen en claridad de llanto.

Onda que mece al mundo dentro de un corazón.

El destino en el hueco de una mano.

Todo el cielo en un resplandor.

Amor, beso y zarpazo.

Caricia honda; herida abierta.

Extasis y zozobra; inquietud y quietud.  
La intranquila penumbra de una selva;  
una fuente que bebe su gran sorbo de azul;  
un pájaro que canta sobre un árbol que llora.  
Una aurora, un ocaso.  
Toda la Vida — Tú!

L O S    Á R B O L E S

En los árboles tiembla  
el cielo como un pájaro.  
Entre las verdes ramas  
abiertas como brazos  
se tiende el infinito,  
y las ramas lo mecen acunándolo.

Prendido de los árboles  
hamácase el espacio.  
Los horizontes atraviesan  
las copas, como dardos.  
Los árboles comulgan con las hostias  
ardientes de los astros.

Todo el paisaje viene  
a tenderse a las plantas de los árboles.  
Son los dioses, inmóviles e inquietos  
al mismo tiempo —es ese su milagro—

del paisaje, que vive con su vida  
y nos retiene con sus brazos.

En sus manos temblantes vive todo  
el destino del campo,  
y ellos esparcen incesantemente  
su bendición de hojas y de pájaros.

E L C A S C A B E L

Derrama en el aire su frágil contento,  
el alma sonora de su mecanismo.  
Sacúdenlo, y canta. Y en el movimiento  
que le dan, reside su alegre lirismo.

Ignora el secreto de su dinamismo,  
y ufano, sin duda, de ser un portento  
viviente, se llena de un hondo optimismo.  
Pues palpita y canta... si lo mueve el viento.

Eres como el hombre, cascabel liviano.  
Eres como el hombre, que orgulloso y vano  
cree inmortal y suya la luz que lo abrasa.

¡Es nuestro destino y es nuestra derrota!  
Tristes cascabeles damos nuestra nota  
esclavos del ritmo del viento que pasa.

## CHIMENA DE USINA

Torre sin techo.  
Boca con la que el hombre  
escupe al cielo.

Túnel vertical  
para trenes de fuego  
que junta el humo vano de la tierra  
a la luz de los astros eternos.

Cañón de cal y piedra  
hacia el azul erecto  
que dispara nubes a las nubes  
en silencio.  
Fabricante de sombras  
en el aire sereno.  
Pincel rígido  
que pinta de carbón  
el infinito,  
y emborrona un instante

la limpidez solar  
con rasgo trémulo.  
Mástil donde palpita  
la bandera de bruma  
del Esfuerzo.  
Torre sin ventanas  
por donde sube el fuego  
trocado en niebla  
a disolverse en cielo.  
Por tí se asoma la potencia humana  
a la diafanidad del firmamento  
desde la dura entraña de la tierra,  
florecida en un hálito ligero.  
Por tí sale hecha humo  
a mezclarse en el viento.  
Por tí baja invisible  
la escala del espacio  
a raptar el espíritu del fuego.

Por tí el aire desciende  
a besar a las áscuas con un beso  
de azul, que las fecunda.  
Esa lección los hombres te debemos.  
Tú nos predicas que el carbón no basta  
para ponerle al mundo alas de fuego.

H U M O

Suspiro de la tierra,  
y por ser de la tierra, hálito negro.  
Ala de sombra con que se emancipa  
de su convulsa esclavitud el fuego.

Bandera de señales  
para los navíos del cielo.  
Palabra misteriosa  
que escriben las hogueras en el viento.  
Espíritu que parte libertado  
de la materia en silencioso vuelo.  
Palpitación de sombra sobre el río  
del tiempo.

En tí al fin se disipa  
todo terrestre incendio,  
y quedas en el aire como un lazo  
con que el hombre soñó coger al vuelo  
nubes y astros. Pero te deshacés  
en el azul eterno,  
perdido en las alturas para siempre,  
velámen que naufraga en el misterio.

V E L A D E B A R C O

Brazo con que el barco da  
sus brazadas en el viento  
y va nadando en el aire  
en tanto surca el océano.  
Ala que vibra en las olas  
invisibles de los vientos  
mientras la quilla desgarrar  
las olas del mar inmenso.  
Bandera que tremolando  
y con la racha batiéndose,  
acaudilla olas y espumas  
en la agría inquietud del piélago.  
De lejos, blanca, muy blanca,  
de una blancura de témpano.  
De cerca, gris y rugosa,  
rota y sucia, burdo lienzo.  
Tal la vida de los héroes  
en el espacio y el tiempo,  
heroína que te bates

con el mar y con el viento.  
Cuando te acuchilla el sol  
refulges como el acero.  
Cuando te baña la luna  
eres un sudario trémulo  
de blanco lino que cae  
sobre el ataúd viajero  
que flota sobre las aguas  
prendido a tus movimientos.  
En las noches estrelladas  
pasas manteando luceros.  
Y al amanecer pareces  
sobre el horizonte nuevo  
un ala que le ha brotado  
para alzarse al firmamento.  
Por tí las barcas diríanse  
ángeles entrando al puerto.  
El casco que te enarbola,  
arrastrado por tu vuelo  
hace sangrar a los mares  
espumas de mil reflejos.  
Y en la cresta de las olas,  
con tu pujante aleteo,  
es un pájaro que avanza  
por el mar y por el cielo,  
la nave que tú protejes  
con tu gran manto de lienzo.

U R U G U A Y

Uruguay! En tu nombre, tierra donde he nacido,  
suenan un canto de agua y un dolor de gemido.

Uruguay! Tu destino se adivina en el canto  
de ese nombre con mezcla de alegría y de llanto.

Uruguay! Flauta india en los labios del viento,  
rumor de catarata con algo de lamento.

Uruguay! En las parvas de tus verdes cuchillas  
las tres U de tu nombre se clavan como horquillas.

Uruguay! Por los ríos que en tu campo circulan  
las aguas de tu nombre se deslizan y azulan.

Uruguay! En los bajos cuando el arroyo canta,  
las piedras de tus sílabas trinan en su garganta.

Uruguay! En las sierras cuando el pampero embiste  
es tu nombre el que arroja su clamor hondo y triste.

EMILIO FRUGONI

---

Uruguay! Cuando el potro dispara en campo abierto  
sus cascós clavetean tu nombre en el desierto.

Uruguay! Cuando el lazo sobre las reses vibra  
es tu nombre el que cruje al tirón de la fibra.

Uruguay! Del rasgueo de las guitarras brota  
tu nombre, en las payadas, como trémula nota.

Uruguay! De tu vida enciérrase la clave  
en esa voz de río y de viento y de ave.

POEMAS VERBALES

P R E C E P T I V A

Este olor a catinga  
de la literatura tropical!  
Este jadeo de fragua  
de los pulmones exiguos  
para el canto sobrenatural!  
Esta hinchazón retórica  
parodia de la exaltación,  
y este agrandar todo  
ahuecando la voz...  
Este desesperarse trágico  
y este júbilo atroz...  
Esta tensión forzada de la cuerda del arco  
y este desparramarse bajo el sol,  
por entre las estrellas,  
por entre las montañas,  
desde el mar hasta Dios!

Quién podría curarnos  
de esta fiebre del trópico

que hace de nuestro canto  
una exasperación.  
Retórica mulata  
con olor a canela,  
color de azúcar rubia  
y embriaguez de alcohol...  
Quién pudiera enseñarnos  
la fuerza contenida  
del matiz y la serenidad;  
de la avispa que puede  
escondarse en un pétalo;  
de la flecha y la bala  
—línea y punto fugaces—  
que abren la eternidad!

## ROMANCE DEL CEREBRO SIN MANOS

Ya hay quienes pasan diciendo  
lo que yo había pensado.  
Las lenguas se me adelantan  
a cantar mi propio canto.  
Malhaya mi pensamiento  
a sí mismo encadenado,  
que no logra desasirse  
de la amarra de sus brazos!

Circulan bajo mi frente  
universos increados,  
mares de olas silenciosas  
que mueren dentro de un cráneo.  
Ruedan esferas ardientes,  
mil planetas habitados,  
músicas que se deslizan  
como ríos subterráneos.  
Quién pudiera abrirles cauce  
y hacia afuera libertarlos,

ríos que nadie ve y oye  
escondidos allá abajo!  
Cuántos seres gesticulan  
en mi cerebro fantástico  
y me dicen su secreto  
que forzosamente guardo  
porque me faltan las fuerzas,  
para hablar con sus vocablos!

Veo brotar una idea  
dentro de mí como un árbol.  
Al principio es una larva,  
luego un brote, luego un gajo,  
luego un tronco con sus ramas,  
después todo un candelabro  
con su carga de hojas verdes  
entre sus múltiples brazos.  
Siento que al crecer me hunde  
sus raíces como garfios  
en el alma y me estremece  
con el golpe de sus látigos.  
Aún está dentro de mí,  
aún no conseguí arrancarlo  
para hacerlo vivir fuera  
bajo el sol y sobre el campo,  
cuando veo que de pronto,  
otro afán con otras manos

planta una ramita verde  
que es hermana de mi árbol,  
o levanta todo un bosque,  
mientras yo sigo soñando...

Y así me toca a menudo  
pasearme solitario  
entre una hermosa alameda  
para la que soy extraño.  
Pudo de mi entraña un día  
toda entera haber brotado.  
Pudo salir de mi pecho  
con sus hojas y sus pájaros.  
Sus árboles son los míos,  
mas yo no los he plantado...

## L O S   P A R É N T E S I S

Dos manos que se curvan en la boca  
para ahuecar la voz  
y lanzar la palabra por encima  
de la disertación.

Refugio en que se meten las palabras  
para acotar, concha de apuntador.  
Honda que tira inesperada piedra  
a la corriente de la alocución.

En la vida un abrazo suele ser un paréntesis  
que intercala un minuto de emoción.  
Cuando nos abrazamos, quiérase o no, ponemos  
entre paréntesis el corazón.

## LA RESURRECCIÓN DE LAS VOCES

Las voces muertas yacen  
bajo lápidas inexorables.  
Pero también ha de llegar para ellas  
el día del juicio final.  
Y al sonar la trompeta de plata,  
cadáveres de voces se alzarán de sus tumbas  
para vivir otra vez en los oídos  
de los hombres.

Entonces quedarán encendidas  
para siempre como fúlgidas llamas de sonido  
las que brotaron de la vida  
con sangre de las venas.  
Las que fueron gritos de hombre.  
Las que saltaron como chispas  
del yunque rojo de un corazón.  
Las que bebieron leche de eternidad  
en pechos de mujer,

y pusieron en el viento que pasa  
un beso indeleble de ternura.

Las voces de todos los días  
se precipitan en un torrente  
tumultuoso.

No se oye sino el estrépito  
de todas  
en que todas se funden  
y se disipan.

Pero de pronto  
a través del tumulto  
se oirán claras y distintas  
algunas que creímos para siempre  
disueltas en el tiempo.

Ellas reaparecerán  
no como espectros, sino como viajeros  
que vuelven de una tierra lejana,  
trayendo sobre sus hombros  
dones inesperados.

Ellas llenarán nuestra estancia  
de un aroma insólito,  
deshojarán sobre nuestra frente  
rosas augurales.

Animadas de un hálito misterioso  
cantarán nuevamente.  
Y nuestros oídos  
que desdeñaron escucharlas  
cuando antes pasaron  
tímidas junto a nosotros,  
las recogerán ávidamente  
como bocas sedientas.

## L A E R R A T A

Es un duende maligno y solapado. Salta  
en medio de las frases que el ingenio combina  
y con una terrible voluntad asesina  
hunde en plena belleza el puñal de una falta.

La construcción magnífica del pensador asalta.  
Al globo del estilo clava traidora espina.  
Y en el concierto mágico del verbo desafina  
emitiendo su nota perturbadora y alta.

El incansable artífice a golpes de martillo  
y de cincel ilustra su castillo encantado,  
y él de un papirotazo desbarata el castillo.

En el cáliz del númeron su ponzoña deslíe,  
y en el templo de Apolo, tras el dios colocado,  
con una mueca infame, grotescamente, ríe.

## UNA INDUSTRIA INVEROSÍMIL

Cruzaba la urbe inquietante,  
selva de ruidos, mar de cabezas y brazos  
agitados por el viento de la marcha.

Los letreros me aturdirían los ojos  
con sus gritos fulgurantes.  
Me detuve un momento  
a ver pasar el río humano.  
En ese instante quedé solo.  
Fuí como un islote solitario  
en medio del océano.  
Me hundí en mí mismo; y cuando  
salí a la superficie  
tendiendo a todos lados  
la red de mis sentidos,  
¡zás!, cayó en la red  
un ser extraño, en quien reconocí  
un viejo amigo no del todo viejo.

Con gran sorpresa mía  
lo ví alejarse como  
si no me hubiese reconocido.  
Lo llamé. Se detuvo.  
—¿Por qué pasas  
sin saludarme?  
—Porque te vi solo.  
¿.....?  
—Ne te asombres.  
El silencio del hombre  
que está solo es sagrado.  
Nada  
respeto tanto en este mundo.  
La soledad es un don divino.  
Nadie tiene el derecho  
de hurtarnos ese don.  
El hombre que está solo  
es formidable  
como el misterio.  
Su soledad,  
indestructible arca flotante,  
lo alza sobre las olas de la vida,  
y lo acerca a los astros  
y le descubre rutas imprevistas  
en un asalto inmóvil  
a la muralla de aire  
de los horizontes.

En su soledad construye  
su ciudad recóndita.  
Saca de la nada  
su mundo.  
Interrumpir ese milagro fecundo  
es delito.  
Teje su tela como la araña.  
Yo no quiero ser el abejorro  
importuno  
que estropea la maravilla  
de la tela invisible.  
El hombre que está solo  
concentra en su soledad  
todas las potencias del universo.  
Su soledad es una mano  
cerrada  
que empuña en el fondo de un alma  
posibilidades infinitas.  
En torno de su cabeza  
resplandece la aureola  
de sus pensamientos ocultos.  
Un cerco de claridad  
lo rodea en medio de la muchedumbre  
y lo aísla con sus multitudes  
interiores.  
Ante ese cerco se detienen  
todos los pasos

y todos los ruidos.  
 Que nadie arroje su sombra,  
 abominable intrusa,  
 dentro de ese cerco de estrellas!  
 Su soledad es como el zócalo  
 de una estatua.  
 Remolinos de hojas  
 se deshacen contra él,  
 mientras la estatua mira hacia lo lejos  
 con ojos de eternidad,  
 por sobre la vida,  
 por sobre la muerte.  
 —¿Te has vuelto poeta?  
 —A mi modo.  
 —¿Escribes versos?  
 —¡Jamás!  
 Mis ideas no resisten  
 el contacto de la forma.  
 Se disipan entre mis dedos  
 apenas intento aprisionarlas  
 en el puño de la expresión.  
 El drama de mi pensamiento  
 es inefable.  
 ¡Espectáculo sublime!  
 Selva que se desborda  
 en una visión fantástica

de árboles de todas las floras  
 del planeta.  
 Aquellos millones de ramas  
 acunan el viento  
 o lo castigan para que redoble  
 su carrera.  
 Millones de pájaros  
 agitan sus alas de colores  
 entre las hojas susurrantes.  
 Y prenden las maravillas de sus cantos—  
 flor de sonido—  
 en las erguidas copas.  
 De toda esa selva magnífica,  
 tras el arduo empeño  
 de hacerla venir  
 como una paloma hasta mi mano,  
 sólo retienen mis dedos laboriosos  
 el pequeño trozo de leño pintado  
 con que escribo palabras lamentables  
 para lectores distraídos...

A veces, es el pardo tropel de las nubes  
 desfilando por el cielo espectral  
 en un crepúsculo de invierno.  
 Y la rueda del trueno  
 que estremece  
 la bóveda cósmica.

Y la tormenta aleteando  
 con sus pesadas alas eléctricas  
 a ras de las cumbres.  
 La presencia del viento  
 se enseñorea del espacio.  
 La tempestad reina en la altura.  
 Su síntesis es el rayo.

¡Qué espléndida y terrible  
 esa espada de fuego  
 quebrándose entre las nubes!  
 Diríase una llave de oro  
 con que el dios de las tormentas  
 abre en las alturas  
 las puertas sombrías  
 del infinito.  
 Fatídica y soberbia  
 serpiente de azufre  
 que es toda la potencia  
 del mal y del bien  
 desencadenada en la naturaleza.  
 Pero si una fina punta de diamante  
 la llama con el silbo  
 de su resplandor,  
 se precipita desgajándose  
 del árbol clamoroso  
 de la tempestad;

y herida por la lámina de acero  
 cuyo contacto la hiela,  
 se apaga sobre la tierra fría  
 y queda inerte en la sombra.  
 Es como si toda la tempestad  
 se hubiese desangrado de golpe  
 por el desgarrón de un relámpago  
 y se hubiese desvanecido  
 en la fuga sin grandeza de un rayo.  
 ¡Esa es mi tragedia intelectual!  
 Mis tormentas de ideas,  
 mis iluminaciones de imágenes,  
 mis rayos de inspiración  
 se precipitan por el pararrayos del verbo  
 para caer fríos, inertes, inútiles,  
 a mis pies.

Por eso no escribo.  
 Soy un poeta sin palabras.  
 —¿Qué haces entonces?  
 —Hago industria y oficio  
 de mi poesía potencial.  
 Soy una usina generadora  
 de poesía informe; y vendo  
 mi energía poética,  
 mi fluido lírico  
 para encender lámparas verbales.

—¿Cómo?

—Verás. Expendo  
asuntos, ideas, imágenes  
de los que nunca estoy exhausto.  
Soy una cantera inagotable  
de esa materia prima.  
Los fabricantes de versos  
pueden comprarme mármol de lirismo  
para sus cementerios de Génova.  
Los más capaces  
llenan de mi lirismo su copa  
sin hacerle perder  
su color ni su espuma,  
conservándole en lo posible  
su efervescencia vital.  
Y se hacen célebres.  
Es genio poético en esencia  
lo que vendo "a precios convencionales"...

A veces por un vaso de alcohol  
vendo el alma de un poema  
que inmortaliza un alma.  
A las mujeres,  
si son jóvenes y bellas,  
no les cobro. A ellas  
en una transfusión de espíritu,  
los ojos en los ojos,

las manos en las manos,  
a media voz como en un templo,  
puedo encenderlas de genio  
y lograr que les crezcan alas  
que moverá mi aliento.  
Por un beso, la gloria.  
No es excesivo el precio.  
¿Verdad? —Qué ha de ser.  
Y dime, amigo,  
¿dónde tienes  
instalada tu usina?  
—En el ensueño,  
una calle muy larga  
que se pierde en el cielo...  
Pero verás cómo trabajo.

Y trepándose a un banco  
que estaba cerca, comenzó un discurso  
de propaganda comercial.

—Señores,  
el que quiera ser poeta  
y escribir poemas bellos  
que se acerque y me escuche.  
—Yo puedo darle lo que le hace falta,  
yo puedo...

Ahí lo dejé explicando  
cómo podía dar por poca plata  
una ración de genio.

# L A I M A G E N

Idioma del poeta. Cristal de poesía  
por donde pasa el rayo de sol para trocarse  
en llave y fuente de milagrería.

Verbo que va creando el universo  
de nuevo en formas inmortales,  
y concentra el espíritu disperso.

Llama que da figura  
y forma al fuego. Fuego  
con que la llama arde y fulgura.

Vaso donde se vuelca el corazón  
poeta para dársenos vibrando  
en una ofrenda de consolación.

Esmeralda en los ojos del corazón, traduce  
e interpreta la vida en internas visiones,  
y el cosmos a una gota de agua clara reduce.

Ojos nuevos para mirar el mundo,  
que ya no se verá de otra manera  
que como ella lo quiera.

Lengua del Dios que canta  
y ruge en las alturas,  
el Sinaí le sirve de garganta.

Moisés de esa invisible divinidad: la idea,  
que hace brotar los mundos de la nada  
y en la frente del hombre centellea.

Flor con que el alma sintetiza al mundo.  
Perfumada en la boca de los vientos,  
con las raíces en lo más profundo.

Para dar esa flor de poesía  
en el crisol del alma exprime el genio  
toda la sangre de la fantasía.

Tal vez es todo el arte (el "arte es el azur").  
Encarnación fantástica y transfiguración  
de la humana inquietud  
ante el misterio eterno de la creación.  
"Poesía eres tú"...

## REIVINDICACIÓN DEL GERUNDIO

No eres —¡oh, no!— con tu ampuloso empaque  
igual al mirifiaque  
de paño,  
que en los tiempos de antaño,  
en las amplias casonas,  
hacía de doncellas y matronas  
livianas  
campanas.

No eres tampoco la caudal gorguera  
de riquísimo encaje  
que con suntuosa y femenil chorrera  
ornamentaba el traje  
de los señores de otra edad. No eres  
ni adorno de mujeres  
ni signo de blandura,  
ni seda en vez de la armadura.

Te han calumniado recios detractores.

De ti dijeron múltiples horrores.  
Te acusan de alargar con ruido vano  
la oración del lenguaje castellano.  
Dicen que eres la lata atada al rabo  
del período, para menoscabo  
de su certeza. Cable de estrambote.  
Sonoridad inútil de rebote.

Que eres un anticuado aditamento.  
Que haces tardo y pesado el movimiento  
de la frase. Que engolas  
la alocución en bocas españolas.  
Que al estilo agarbanzas; que adormeces y abrumas.  
Que hasta crujen las plumas  
a tu gran pesadumbre,  
y eres en el acero del idioma, herrumbre.

¡Pero no es eso, vive Dios! No es eso.  
En el giro español eres el peso  
de la invencible espada de Rolando.  
Sueles llegar sonoramente cuando  
va a desmayar vencida  
la frase, y tú le infundes nueva vida,  
cogiéndola en el cerco de tu abrazo  
para que se incorpore en tu regazo.

Tuyo es el retumbante acento hispano.

De ti le viene al español el sano  
ritmo respiratorio de oceano.  
De ti la onda fluyente de agua pura.  
De ti la varonil musculatura.  
Eres la estrepitosa espada al cinto  
que el antiguo infanzón en el recinto  
de las estrechas calles arrastraba  
sobre las piedras. Pero también eres  
martillo que en hercúleos menesteres,  
obediente a la mano,  
canta su canto humano,  
y mientras canta, crea  
la forma de una idea.

¡Salve, gerundio amigo!  
Voz de órgano y de selva  
y de mar y de viento.  
Que la gloria te vuelva  
a besar en la cima  
del literario reconocimiento.  
Y que sean contigo  
de nuevo, viejo amigo,  
a quien nadie se arrima  
con amistoso intento,  
de los hombres la estima  
y de Dios el contento.

## EL PUNTO AQUEL

Cantemos con modestia esa cosita humilde  
tan insignificante, tan diminuta y  
sin embargo...

El tilde

de la I.

No es nada, un punto apenas...  
En el inmenso estuario  
de las noches serenas  
la luna sobre un campanario.

La motita de sombra de una nube en la altura  
que en la quietud del aire abstraída no corre,  
y se diría que es una paloma oscura  
que vigila su torre.

El suspiro de humo que va y se inmoviliza  
sobre la chimenea que el tejado enarbola.

El proyectil suspenso que un mago paraliza  
a dos dedos del rígido caño de la pistola.

La i es una letra de cadalso, la pobre.  
Está decapitada, y su mayor tristeza  
no es que le falte ahora la cabeza  
sino por el contrario, que allá arriba le sobre.

Y acaso alguien de pronto podría suponer,  
al verla tan erguida, tiesa como un puntero,  
que va a echar a correr  
porque un soplo de viento le arrebatara el sombrero.

Ábside de la I! Ingrávido corpúsculo  
que entera la persona moral del signo abarca.  
Eres ese detalle, ese toque minúsculo  
que da al ser un acento y entre todos lo marca.

Por tí, sólo por tí,  
se vuelve letra —¡ verbo!— ese lingote  
que contigo es la I  
y sin tí es un palote.

## LOS PUNTOS SUSPENSIVOS

Salpicaduras de intención  
tras de la frase en el papel.  
La estela forman que el bajel  
de la palabra deja en el  
agua clara de la oración.

## TRAGEDIA SIN SANGRE

Helo ahí!

Su palabra lo desnuda  
mientras él cree que lo viste.

Su palabra  
lo despoja y lo mutila.

Ese hombre es un drama  
tras el telón bajo.

Sus voces no traducen  
la acción que en la penumbra  
agita silenciosamente sus alas.

El grita para que todos le oigamos  
y sus gritos acallan  
una música interna,  
un rumor fluvial  
de voces inexpresadas.

Hay una gesta oscura; pero heroica,  
una indescrptible batalla:  
la del hombre que lucha por expresarse.  
La del que a brazo partido

con su impotencia de decir, se bate  
y va metiendo su alma  
en los rígidos moldes de la frase  
con una sorda rabia  
y un jadeo de espíritu  
inenarrable.

Hay otra muda tribulación arcana:  
la del que rebosa  
de una marea oceánica  
pero no puede abrirle cauce  
en sus palabras.  
Y permanece mudo,  
quieto, como una estatua,  
para todos, y mientras,  
se deshacen airadas  
las olas clamorosas  
de su mar interior desenfrenada,  
contra el acantilado del silencio.

Pero hay otro drama  
todavía más desesperado:  
el del hombre que calla  
furiosamente  
dentro del corazón del que habla.  
Entre los dos a veces, silencioso y oculto,  
el siguiente diálogo estalla:

—Cállate, que me hieres;  
cállate que me matas.

—Yo estoy abriendo,  
bien o mal, una ventana  
para que mi silencio no me asfixie.

—Pero tu verbo balbuciente  
al asomarse al mundo, me desgarras.  
Toma para su vida mi sustancia.  
Tus vocablos son dientes  
con los que tú me muerdes las entrañas.  
Jirones de mis vísceras  
son así tus palabras.

Cada una que pronuncias  
se lleva de mi vida una jornada.  
Cada una es un cuchillo  
que hasta el mango me clavas.  
Cada una es un puñado  
de tierra, con que me amortajas.  
—¡Déjame hablar! Si no hablo  
no existo.

—Calla!

Cuanto más dices más me sumes  
en la nada.

Por vivir un minuto  
una inútil vida opaca,  
para siempre,  
para siempre me matas.

—Debo hablar! Debo hablar!  
Y el discurso se arrastra  
o vuela;  
pero el hombre que habla  
siente cómo se le muere adentro,  
poco a poco, el hombre que calla.  
Siente cómo todo un mundo  
en su interior se enfría y apaga  
¡para siempre! Ayes de moribundo  
son tan sólo las protestas lejanas  
del "otro"...

El que se expresa  
por los dos, traicionándole, desata  
una estruendosa música que oficia  
de cortina de ruido; como banda  
de sacamuelas. Sus palabras  
cubren aquellos ayes.

Mientras habla  
cuelga pesado, aunque invisible,  
de sus espaldas,  
el cadáver del que murió, pez arbitrario,  
por boca ajena, inaplacada.

Y con la misma boca que lo expresa  
lúgubrementemente calla.

LA TAREA MARAVILLOSA

Domar palabras y pulir estrellas!...  
 Divino oficio para un alto orfebre.  
 Del verbo acariciar las plumas bellas  
 con mano ardida en misteriosa fiebre.  
 Darle a la frase forma peregrina  
 sobre el yunque entre un nimbo de centellas  
 bajo un martillo de voz argentina.

Cultivarles la piel a los vocablos  
 que son los corderillos del idioma.  
 Volver más puntiagudos los venablos,  
 más aterciopelada la paloma.  
 Buscar perlas en los estercoleros  
 afrontando el olor de los establos  
 para en el limo cosechar luceros.

Trenzar los leves hilos del lenguaje  
 en paciente labor de largas horas.  
 Tañer de las palabras el cordaje  
 que esconden en sus bóvedas sonoras,

y hacerlo resonar con maestría.  
 Lograr de ellas bajeles para el viaje  
 de la razón o de la fantasía.

Labrar la lengua cual si fuese un leño.  
 Construir con su tronco una canoa  
 como una cuna para leve sueño,  
 y hacer cantar el río con la proa!  
 Plegar el verbo a nuestros menesteres  
 y tornarlo sumiso a nuestro empeño:  
 un sultán con palabras por mujeres.

Erguirse entre ellas como un palomero  
 que ve venir palomas a su mano,  
 las dispersa en vibrátil entrevero  
 y las manda girar sobre el lejano  
 confín con un silbido que las ata  
 a su silbato mágico de acero,  
 como un hilo invisible, de la pata.

Y cuando están reunidas en el valle  
 del silencio, ponerlas en camino  
 en sonora majada por la calle  
 de la meditación, a su destino.  
 Ser un pastor para servirse de ellas  
 con un afán humano que es divino,  
 y en su blanco vellón bruñir estrellas.

## ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Llamamiento . . . . .	7
El canto heroico . . . . .	10
Esqueletos de rascacielos . . . . .	12
Los seis leñadores . . . . .	15
Hércules canta . . . . .	18
Los troperos . . . . .	21
Manga de langosta . . . . .	25
Los caminos . . . . .	27
Campaña dormida . . . . .	33
El nuevo Fiat-Lux . . . . .	36
El monólogo de una virgen . . . . .	38
Himno . . . . .	41
ELEGÍAS	
Elegía filial . . . . .	45
La despedida . . . . .	48
Al viajero que se va . . . . .	51
El caballero de la risa . . . . .	54
Pálida Mors . . . . .	56
POEMAS DE ANDAR Y VER	
El embrujo del sol . . . . .	59
Contemplación nocturna . . . . .	63
La tragedia imposible . . . . .	66
Loa marina . . . . .	69
La sierra . . . . .	71
Romance de Invierno . . . . .	74
Letrilla . . . . .	78
Divagación urbana . . . . .	79

	<u>Págs.</u>
<b>POEMAS CONFIDENCIALES</b>	
El río milagroso . . . . .	89
Ave . . . . .	91
El sueño del carácter . . . . .	92
Mi armadura . . . . .	93
Ansia secreta . . . . .	96
El pescador . . . . .	98
Mi ideal . . . . .	99
A Delmira Agustini . . . . .	100
Balada del naufragio . . . . .	102
Invocación viril . . . . .	104
Chacarera . . . . .	106
Fémina actual . . . . .	108
Fémina inactual . . . . .	110
Romance de la culpa frustrada . . . . .	112
<b>DICCIONARIO LÍRICO</b>	
Definición de la palabra Amor . . . . .	121
Los árboles . . . . .	123
El cascabel . . . . .	125
Chimenea de usina . . . . .	126
Humo . . . . .	128
Vela de barco . . . . .	129
Uruguay . . . . .	131
<b>POEMAS VERBALES</b>	
Preceptiva . . . . .	135
Romance del cerebro sin manos . . . . .	137
Los paréntesis . . . . .	140
La resurrección de las voces . . . . .	141
La errata . . . . .	144
Una industria inverosímil . . . . .	145
La imagen . . . . .	154
Reivindicación del gerundio . . . . .	156
El punto aquel . . . . .	159
Los puntos suspensivos . . . . .	161
Tragedia sin sangre . . . . .	162
La tarea maravillosa . . . . .	166

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE  
IMPRIMIR EL 14 DE MARZO  
DE 1936, EN LOS TALLERES DE  
LA «IMPRESORA URUGUAYA»  
S. A., MONTEVIDEO, PARA LA  
«SOCIEDAD AMIGOS DEL LIBRO  
RIOPLATENSE»

\*

**OBRAS PUBLICADAS  
EN ESTA BIBLIOTECA**

**ESTAMPAS DE LA BIBLIA**  
Juana de Ibarboure

**MÁS ALLÁ**  
Horacio Quiroga

**PASION**  
Montiel Ballesteros

**LOS TESOROS DEL REY BLANCO**  
Roberto J. Payró

**VIDA DE UN MAESTRO**  
Jesuaid

**HABLANDO SOLO**  
Martín G.

**ISLA PATRULLA**  
Pedro Leandro Ipuch

**CAUTIVERIO**  
Manuel Gálvez

**EL NUEVO ACENTO**  
José G. Antuña

**LOS ALBAÑILES DE «LOS TAPES»**  
Juan José Moroso

**LA CANCIÓN HUMANA**  
Emilio Frugoni